

EL MONSTRUO DE LOS JARDINES

***PEDRO CALDERÓN DE LA
BARCA***

PERSONAS

AQUILES.
DEIDAMIA.
TETIS.
CINTIA.
SIRENE.
LIDORO.
DANTEO.
ULISES.
EL REY.
LIBIO.
CRIADOS.
MÚSICOS.
ARMINDO.
ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA I

Dentro voces.

TODOS

Vira al mar.

UNO

Es inútil la porfía,
porque el viento que corre es travesía.

DOS

Amaina la mayor.

TRES

Iza el trinquete.

UNO

A la driza.

DOS

A la Escoca.

TRES

Al chafaldete.

UNO

Dé el Esquife en la Playa,
y el Príncipe no más a tierra vaya,
ya que abismos de yelo nos encubren.

UNOS

Piedad dioses.

OTROS

Piedad cielos.

LIDORO

Piedad cielos, piedad dioses sagrados,
y si del voto que ofrecí obligados,
en este esquife este fragmento poco,
que ha sido mi delfín, la orilla toco
de esta desierta playa,
que del mar la soberbia tiene a raya,
veréis que fiel en clima tan remoto
la arena beso y revalido el voto,
pues desdicha no hay, no hay desconsuelo
que no enmiende el vivir.

(Sale LIBIO.)

LIBIO

¡Válgame el cielo!

LIDORO

¿Cúya esta voz ha sido?

LIBIO

De un cofadre de Baco, que ha salido
por no hacerle traición del mar a nado,
pues el no beber agua le ha escapado.

LIDORO

¿Libio?

LIBIO

¿Señor?

LIDORO

Notable es mi alegría,
viéndote vivo.

LIBIO

Cuál será la mía.

LIDORO

En fin, solos los dos hemos salido

LIBIO

En que se ve cuán bueno ha sido,
pues vencimos los dos las amenazas
del mar, el ser los hombres calabazas.

LIDORO

Mira si en lo fragoso de esas peñas
sendas hallas, o señas,
que de sus moradores den indicio.

LIBIO

Ni cabaña descubro, ni edificio,
ni cosa que no advierta,
ser esta isla bárbara y desierta.

LIDORO

Dices bien, pues sus troncos,
que de quejarse al abrigo están roncós,
mal pulidos los veo;
sus plantas sin cultura, sin aseo
sus flores, solo oyendo en ecos graves
bramar las fieras y gemir las aves,
todo dice terror, puesto que dice.

AQUILES

(Dentro.) ¡Ay mísero de mí!, ¡ay infelice!

LIDORO

¿Oíste una voz?

LIBIO

Y lleno
de asombro, juzgaría que en el seno
de aquesta peña bruta
se formó su lamento

LIDORO

Ni aquí hay gruta,
ni quiebra alguna que su dueño oculte,
si ya no es que en su centro le sepulte;
pero escuchemos otra vez, y vamos
lo intrincado rompiendo de estos ramos,
hasta saber qué voz, qué tierra es esta.

(Dentro instrumentos.)

MÚSICOS

Venid, venid zagales,

al templo divino de Venus y Marte.

LIDORO Bien que este no es desierto juzgo agora;
República es entera, pues con tanta
variedad, ya se canta y ya se llora.

LIBIO ¿A dónde no se llora y no se canta?
Bien que a mí más me espanta
aquesta voz que dice...

AQUILES ¡Ay mísero de mí!, ¡ay infelice!

LIBIO ...que me consuela aquella,
por más que a oposición de su querella
en conceptos repita desiguales...

MÚSICOS Venid, venid zagales,
[al templo divino de Venus y Marte.]

LIDORO Un escuadrón festivo
pisando el seno de ese escollo altivo,
ni bien mar, ni bien tierra, de su cumbre
vencer piensa la inmensa pesadumbre.

LIBIO Salgámosles al paso,
y informados del náufrago fracaso
que nos ha sucedido,
el susto reparemos y el vestido.

LIDORO Necio será quien en asombro tanto
antes crea a la música que al llanto;
y así, Libio, es mejor que, recatados,
destas peñas y troncos amparados,
un instante esperemos;
sepamos de qué gente nos valemos,
que puede ser que sea
isla que el mar en círculos rodea
de bárbaros, y más cuando advertidos
estamos de otros míseros gemidos.

LIBIO Pues ya llegan, escóndete y veamos,
señor, qué gente es.

LIDORO Incultos ramos;
mientras cobro el aliento,
sedme un rato prestado monumento.
Sepa por qué un lamento triste dice...

AQUILES ¡Ay mísero de mí!, ¡ay infelice!

atónito y pasmado,
viendo que tan extraña
gente habite esta bárbara montaña.

LIDORO

Sigámoslos, que ya no hay que temamos
rigores, ni crueldades,
pues entre ellos deidades admiramos,
y es fuerza ser piadosas las deidades:
dónde estamos sabremos,
y cuya fue la voz cuyos extremos
nos asombró diciendo antes.

DANTEO

(**Dentro.**) ¿Adónde,
bella Deydamia, tu beldad se esconde,
cuando en tanta aspereza,
sigo tu voz y pierdo tu belleza?

LIDORO

Si la lástima, si el llanto,
para los humanos pechos
siempre cartas de favor
han sido: a esas plantas puesto.
Un peregrino del mar,
que derrotado y deshecho
aborto fue de la espuma,
os pide... Pero, ¿qué veo!

DANTEO

¡Válgame el cielo!, ¡qué miro!
¡Señor invicto!

LIDORO

¿Danteo?

DANTEO

Dame tus pies.

LIDORO

En tus brazos
he de asegurar el puesto.

DANTEO

¿Libio?

LIBIO

Por más que te admires,
te admiras poco.

DANTEO

¿Qué es esto?

LIDORO

¿Qué ha de ser? ¡Desdichas más!
Y porque absorto y suspenso
no te embareces conmigo,
cuando yo de ti pretendo
informarme de qué tierra
es esta, cómo el desierto
destos peñascos habitas

y quién es quien vive en ellos,
con mis pesadas fortunas
te he de salir al encuentro,
por desocuparles todo
el campo a mis sentimientos.
Ya sabes que el Rey, mi padre,
prudente, advertido y cuerdo,
trató casarme en Egnido
con el divino sujeto
de Deydamia, infanta suya;
mas, ¿para qué lo refiero,
y más a ti, siendo tú
quien vino a traer los medios?
Escribiste pues, que estaban
ajustados, añadiendo
de la beldad de Deydamia,
sumos encarecimientos.
Yo atento, no sé si diga
a tu fama mi deseo,
que es gran príncipe de amor,
estar uno a amar dispuesto.
Pedí licencia a mi padre,
para venir a su reino,
por ella, en persona; él
liberal me la dio, haciendo
estimación del agrado,
y de la fineza, aprecio.
En un bajel pues, que pudo
ser mejor que el de Argos mismo,
dibujado por imagen
de estrellas y de luceros,
salí una tarde de Epiro,
ufano, alegre y contento,
tanto como agora estoy
triste, confuso y suspenso;
pero no me quejo, no,
de la fortuna, aunque veo
ejecutados en mí
sus sañas; de mí me quejo,
que es merecido castigo
de quien imprudente y necio,
sin mandar al viento, fía
sus esperanzas del viento.
Dichosamente apacible
me favoreció algún tiempo,
mas, ¿qué bien fundado en aire,
no se desvanece presto?
Al lóbreguecer la noche
de ayer, algo más violento,
empezó a inquietar las ondas,

y todo ese vago imperio
a amotinarse, no solo
contra mí, mas contra el cielo,
pues en odio de sus luces,
gigante de agua soberbio,
se rozó con las estrellas,
montes sobre montes puestos.
Tal vez puede mis desdichas
escribirlas con el dedo
en ese papel azul,
y tal en el mismo centro
escribirlas en la arena,
las dos distancias midiendo
de la sombra del abismo,
y la luz del firmamento.
Ya el rumbo pierde el piloto,
y el timonel pierde el tiento,
y en no entendidas faenas,
por mandar más obran menos.
Babilonia de las ondas
era el bajel, cuyo estruendo
de voces nos confundía,
más que aliviaba, ¡oh qué cierto
es, que donde todos mandan,
nadie obedece, y que el riesgo
mayor es cuando provee
la necesidad los puestos!
Cruje el pino atormentado
de uno y otro embate; el lienzo,
de una ráfraga y de otra,
azotado cruje, haciendo
rumor como hacía gemido;
que hasta un cáñamo y un leño
parece que sienten, cuando
mal confundido el consejo,
con el acuerdo de todos,
no es de ninguno el acuerdo.
En este horror, esta grima,
pasamos la noche, siendo
del marinaje el estudio,
de la náutica el precepto,
albedrío de las ondas,
hasta que el primer reflejo
nos divisó los celajes
deste monte, sucediendo
a los peligros del mar
los de la tierra; supuesto,
que a penas la lealtad quiso
que a mí el esquife pequeño
salve, cuando desbocado

bruto el bajel en aquellos
peñascos, vuelta la quilla,
fue lóbrego monumento
tan de todos, que no más
que Libio gozó del puerto.
De mi venida, la causa
es esta, este mi suceso.
Dime, pues, ¿dónde he llegado?,
¿quién es el prodigio bello
que aquí habita y cómo aquí
estás tú, porque con eso
se consuelen mis desdichas,
se alivien mis sentimientos,
se cobren mis esperanzas,
y se restauren mis riesgos?

DANTEO

Bien antes que te informara
de todo, quisiera, atento
al reparo de tu vida,
llevarte a un barco que tengo
en el mar, pero mirando
cuánto está sañado y fiero
por una parte, y por otra,
que las dudas de mi pecho
no es posible que te den
espera, escúchame atento,
y lo tardo del abrigo
salve el informe de presto.
Llegué a Enido, efectué
los ya tratados conciertos,
di aviso al Rey mi señor,
escribite a ti lo menos
que pude y lo que más supe
de Deydamia; pero esto
no es ahora del caso, vamos
tus dudas satisfaciendo.
Ya sabes cuánto ofendida
Grecia del atrevimiento
de Paris, tratando vive
de su venganza los medios;
y que todos cuantos reyes
contiene el poblado cerco,
que el archipiélago baña,
conjurados a este efecto
se han aliado, de cuyos
grandes apercebimientos
es el movedor Ulises,
a quien por valor, y ingenio,
para la guerra de Troya
da Grecia el marcial gobierno.

Este, pues, a Egnido vino,
donde prevenido y cuerdo
su rey, dijo, que en la liga
no había de entrar si primero
el oráculo de Marte
no le daba avisos ciertos
de que auxiliar prometía
los militares aprestos
de aquesta guerra. Aquí, ahora
importa que más atento
me oigas, porque empieza aquí
el más extraño suceso
de cuantos guarda la fama
en los archivos del viento.
Este monte, que por todas
partes el mar ciñe, siendo
a su fortificación
foso inexpugnable, un tiempo
isla fue habitada donde
sus moradores vivieron
con política, aunque hoy
no es más que escollo desierto.
La causa de despoblarse
dicen que fue, que su ameno
pensil la deidad de Tetis
tuvo por divertimento,
a que del mar con sus ninfas
salía, y aquí Peleo,
príncipe joven, llevado
de sus amantes afectos,
forzó su hermosa beldad,
dando el robo a sus deseos
la ocasión. Ella, ofendida
del injusto atrevimiento,
el tálamo destruyó,
inundando a nieve y fuego
los edificios, los troncos,
y los vecinos, que fueron,
sin cuidar de su defensa,
cómplices de su desprecio.
Desde entonces en sus grutas
diz que se oyen por momentos
tristes gemidos, de quien
la mitad responde el eco.
Nadie examinar se atreve
el ignorado portento
de una cueva que sellada
de un peñasco está, aunque dentro
en humana voz se escuchan
quejas, ansias y lamentos.

De la ruina solamente
perdonó el sagrado incendio
en la cúpula del monte
el edificio de un templo
consagrado a Marte; en él,
atropellando los miedos
de la inhabitada isla,
el rey de Egnido, Polemio,
con Deydamia y con Ulises,
nobleza y plebe del reino,
hacer quiso el sacrificio
de Marte, porque con eso
más obligado responda
al ver que a su culto atento
viene a renovar las aras
que cubrió de olvido el tiempo.
Esta es la causa de hallarnos
todos aquí.

LIDORO

Según eso,
Deydamia es aquel hermoso
prodigio, aquel pasmo bello,
que arrebató mis sentidos,
al verla agora encubierto
de estas peñas.

DANTEO

Es sin duda.

LIDORO

¡Cuánto a mis fortunas debo!

DANTEO

Pues que ya informado estás,
ven conmigo, porque luego
que te repares, señor,
vuelvas al bajar del templo
a hablar al Rey y a tu esposa.

LIDORO

Eso no, que fuera necio
quien a vista de su dama,
y más al lance primero,
llegara con el desaire
de llegar pobre.

LIBIO

Y qué cierto;
porque el ser pobre da un asco
tan grande que aun parecerlo
de prestado causará
en ella aborrecimiento.

DANTEO

Pues, ¿qué has de hacer?

LIDORO

Encubrir

mi nombre hasta que, escribiendo
a mi padre su asistencia,
me adorne de lucimientos
dignos de decir quién soy;
y así...

(Dentro terremoto.)

UNO **(Dentro.)** ¡Qué horror!

OTROS ¡Qué portento!

OTRO ¡Qué asombro!

OTRO ¡Qué confusión!

(Terremoto.)

LOS TRES Divinos dioses, ¡qué es esto!

DANTEO Dentro del templo de Marte
se oyen marciales estruendos
de trabada lid.

LIDORO Ya el duro
terror, el monte soberbio
estremecido parece

(Terremoto.)

que se arranca de su centro.

ULISES ¡Qué admiración tan notable!
DANTEO Valiente Ulises, ¿qué es eso?

(Sale ULISES asombrado.)

ULISES Apenas al templo entramos
cuando Marte respondiéndome
al piadoso sacrificio,
prorrumpió en horrible acento:
«Troya será destruída
y abrasada por los griegos,
si va a su conquista Aquiles
a ser homicida de Héctor.
Aquiles, humano monstruo
de aquestos montes, en ellos
un risco...». Y aquí trocada
la voz quedó, confundiendo
las señas que iba a decir,

turbados los elementos,
la tierra hablando en temblores,
en relámpagos el fuego,
el mar en rancos bramidos,
y el aire en tristes concentos;
porque otra deidad, sin duda,
(¿quién ignora que sea Venus?)
que es afecta a los troyanos,
ofendida que el agüero
el oráculo descifre,
quise con este portento
desvanecerle, pensando
que el susto, el pasmo o el miedo
nos embarece buscar
al monstruo Aquiles, queriendo
que nos le oculte el asombro
o nos le ignore el estruendo.

DANTEO

¿Y el Rey y Deydamia?

ULISES

Todos

admirados del suceso,
decienden ya.

LIDORO

Nadie entienda

quién soy.

DANTEO

Seguiré tu intento.

(Salen todos.)

EL REY

Pues de Marte la sagrada
voz nos avisa, diciendo
que en este monte está Aquiles
y que en él el vencimiento
de Troya consiste, en tanto
que él no parezca, no debo
firmar la liga; y así,
lo más que ofrecerte puedo
es la diligencia: todos
las entrañas penetremos
deste monte en busca suya.

ULISES

Tronco a tronco y centro a acentro,
en escuadras divididos,
sus grutas examinemos.

DANTEO

No quede sitio, que no

le averigüe el valor nuestro.

LIDORO

Si un extranjero, señor,
que hoy del mar, pobre, deshecho,
tomó puerto en estas rocas,
merece a tus plantas puesto,
licencia de hablar, diré
en qué parte escuché, dentro
de una roca, humanas voces.

EL REY

El aviso te agradezco.
Llévame allá, que sin duda
es la gruta que ha descubierto
este asombro.

DEIDAMIA

Yo he de ser
la primera que corriendo
sin ente vaya.

EL REY

Esto no,
que es fragoso su desierto
para tus plantas; y así,
que tú te quedes te digo
con Cintia y Sirene

DEIDAMIA

¡Cuánto
a mi pesar te obedezco!

EL REY

Por si la cueva otra boca
tiene, no se escape huyendo,
tú, Ulises, por esa parte
corre el monte; tú, Danteo,
por esotra; tú conmigo
ven, generoso mancebo.

ULISES

Tú verás mi diligencia.

DANTEO

Tú conocerás mi afecto.

EL REY

Pues, con cualquier novedad,
volveremos ese puesto,
y para no errarle, es bien
que las voces e instrumentos
sirvan a los tres de aviso
y a ti de divertimento;
y así, Deidamia, haz que siempre
sonando estén sus acentos.

ULISES

Al monte.

DANTEO	A la cumbre.
TODOS	Al llano.
EL REY	Ven, joven.
LIDORO	Ya te obedezco.
	Sígueme, Libio.
LIBIO	Sí haré; aunque para un forastero convidarle a cazar monstruos por mal agasajo tengo.
LIDORO	Ven Libio. ¡Ay bella Deidamia!, mintió tu encarecimiento.
TODOS	(Dentro.) Al llano, a la cumbre, al monte.
DEIDAMIA	¡Oh, qué injustamente, cielos, con más penas que las mías, ocupáis mis sentimientos!
CINTIA	¿De qué suspiras?
SIRENE	¿Qué llora?
DEIDAMIA	¿Las dos me preguntáis eso, cuando a las dos el decirlo no importa para saberlo? ¿Ignoráis que el Rey, mi padre, tirano de mis deseos, casarme trata en Epiro, sabiendo de mí que tengo por natural condición tan grande aborrecimiento a los hombres que no ha habido quien me merezca un desprecio? Y cuando no fuera tanta esta altivez, ¿cómo puedo dejar de sentir que un hombre, sin vencerme los despegos, sin sufrirme los desvíos, haya de llamarse dueño, introduciéndose antes al dominio que al afecto?
CINTIA	Las soberanas deidades

antes de nacer tuvieron
sabido para quién nacen.

DEIDAMIA

Aun eso, esto que yo siento,

y dejando este cuidado
que aflige como primero,
¿cómo pudo no tener
otro segundo que hoy tengo?

SIRENE

¿Qué cuidado?

DEIDAMIA

Astrea, mi prima,
con quien en mis años tiernos
pasé la primera infancia,
sin que haya podido el tiempo
apartar los corazones;
pues aunque es verdad que puedo
asentar que de sus señas,
o poco o nada me acuerdo,
con todo, ni la han sacado
de los cariños del pecho
la ausencia ni la distancia
mantenidas del acuerdo
en el gobierno de Acaya,
donde su padre había muerto,
llamada viene de mí
a vivir conmigo, y temo
que esa pasada tormenta,
que echó a pique en estos puertos
un bajel, sea el que a ella
la traía.

LIBIO

Los sucesos
no gustosos, mejor es
desecharlos que temerlos.

SIRENE

Siéntate y descansa un rato,
que nosotros cantaremos,
sirviendo el canto a dos luces
de aviso y de pasatiempo.

DEIDAMIA

Cantad, pues, mientras yo doy
treguas a mis sentimientos.

(Duérmese DEIDAMIA; mientras cantan, abre una roca AQUILES y sale a la boca.)

LAS DOS

(Cantan.) Desdichado
del que no vive engañado.

(**Canta.**) ¿Qué importa, si oyendo estoy,
Nise, tu agrado amoroso,
que tú no me hagas dichoso,
si yo pienso que lo soy?

(**Canta.**) Crédito al semblante doy,
aunque me mienta el semblante,
pues ya vivo aquel instante
en que me miente tu agrado.

Desdichado
[del que no vive engañado.]

Cielos, ¿qué voz tan sonora
es la que hiere mi oído?,
¿qué nuevo pájaro ha sido
este que hoy llama a la aurora?
Todo mi vida lo ignora,
pero, ¿qué mucho, si he estado
desde que nací encerrado
en esta bóveda obscura,
sin ver del sol la luz pura,
ni qué es cielo, ni qué es prado?
La deidad que aquí me cría
y a verme de noche viene,
puesto precepto me tiene
que no salga a ver el día;
y aunque la obediencia mía
las leyes pudo guardar,
este canto singular
a romperla me resuelve:
la gruta abro por si vuelve
segunda vez a cantar.

(Canta.) Si disimula el engaño
el amor que no hay en ti,
¿qué importa haber daño en mí,
si yo no conozco el daño?

(Canta.) Nunca llegue el desengaño
pues mejor me está vivir
engañado que morir
celoso y desesperado.

Desdichado

[del que no vive engañado.]

AQUILES

¡Qué dulce voz!, ¡qué süave!
Ya que he podido romper
la prisión, tengo de ver
qué plumas te viste ave
que robar el alma sabe.

CINTIA

Parece que se ha dormido
Deidamia.

SIRENE

No hagamos ruido,
que no importa el avisar,
más que el verla descansar.

(Vanse.)

AQUILES

Ya de la cueva he salido,
y al ver del sol la luz pura,
se ciega la vista mía;
salgo a ver el claro día,
y doy con la noche oscura.
¡Qué variedad!, ¡qué hermosura
tan admirable! Y si creo
a mis noticias, no veo
cosa que como ellas sea.
¡Oh cuánto finge la idea!
¡Oh cuánto vuela el deseo!
Aquel azul resplandor,
el cielo debe de ser;
la tierra, a mi parecer,
será este hermoso verdor;
este árbol, esta flor,
ave esta; esta transparente
fuente, aquel mar... Mas, detente,
discurso, que tu voz yerra;
que esto solo es cielo, es tierra,
mar, árbol, flor, ave y fuente.
Cielo, pues está adornado
del sol y de las estrellas;
tierra, pues colores bellas
su vestido han matizado;
árbol, pues de su tocado
el viento las ramas mueve;
flor, pues aljófares bebe;
mar, pues riza albas espumas;
ave, pues tremola plumas,
y fuente, pues toda es nieve.
De todo cuanto llegué
a ver, esto es en rigor

lo mejor de lo mejor:
como esta su mano fue,
¡ay Dios!, ¿me atreveré
a tocarla? Osado llevo;
¡ay, que me abraso! ¡ay, que ciego
me yelo!, ¡oh áspid alevé!,
a la vista eres de nieve
y eres al tacto de fuego.
Mas con tu yelo o tu ardor
tan poca daño me has hecho
que antes siento acá en el pecho
bien hallado mi dolor;
¿no tuve pena mayor
jamás, pues de gozo llena
la alma, otra vez se condena
a sentirla, discurriendo
cuál sera su gloria siendo
tan apacible su pena?
Mas, ¡hay esperanzas vanas!,
que entre las cosas que oí
a quien me ha criado aquí,
una es, ¡desdichas tiranas!,
que hay deidades soberanas,
y si aquestas son verdades,
ya con dos contrariadades
argüí en mis pareceres:
si hay deidades, tú lo eres;
si no lo eres, no hay deidades.
Y supuesto que ya aquí
tal te conoce y te adora
mi vida, tengo...

(Sale SIRENE.)

SIRENE

Señora,
ya todos..., mas, ¡ay de mí!,
¿qué miro?

AQUILES

No huyas así...

SIRENE

¡Fiero monstruo!

AQUILES

Y dime, puesto
que has hablado...

SIRENE

Suelta presto.

AQUILES

¿Tan grande asombro te doy?

Oye, aguarda.

SIRENE

¡Muerta soy!
¡Valedme, dioses!

(Cáese desmayada SIRENE y despierta DEIDAMIA, y él se halla entre las dos.)

DEIDAMIA

¿Qué es esto?
¿Quién da voces? Mas, ¡ay cielos!,
¡quién vio asombro semejante!

AQUILES

Óyeme tú, y no te espante
mi vista ni dé recelo.

DEIDAMIA

Viva estatua soy de yelo.

AQUILES

Que solo saber quisiera,
en la confusión primera
de tantas dudas esquivas,
si importó, por que tú vivas,
que esotra deidad se muera.
Cuando tú sin vida estabas,
ella con vida venía;
cuando ella estatua fría,
¿tú de respirar acabas?
Dime si el alma la dabas
prestada por el instante
que no te era a ti importante;
porque siendo así, que a dos
una alma sirve, ¡por Dios!,
que mi rudeza ignorante
a tu ser ha de pedir,
que a cobrarla se resuelva,
y porque ella a sentir vuelva,
que vuelvas tú a no sentir:
no porque he de consentir,
no porque he de conseguir
más gusto en que viva aquella
que tú, siendo tú más bella,
sino porque yo al pasar,
me pueda al alma abrazar
para quedarme con ella.

DEIDAMIA

De tu semblante feroz
el susto en horror se muda,
que no es racional tu duda,
aunque es racional tu voz;
y mi discurso veloz
se atreve a juzgar no en vano,
que hombre humano eres.

AQUILES

Tirano
tu ser el alma imagina:
¿téngote yo por divina,
y tiénesme por humano?
Hijo soy de una deidad,
que esto solo sé de mí,
porque desde que nací
no la debo otra piedad.

(**Vuelve SIRENE.**)

DEIDAMIA

Pues, ¿cómo así?

AQUILES

La crueldad
suspende.

DEIDAMIA

Ya en sí volvió
Sirene.

AQUILES

¿Cómo cobró
su ser, sin faltarte a ti?
¿Tienes alma y vida?

SIRENE

Sí.

AQUILES

Luego, ¿no eran tuyas?

DEIDAMIA

No.

AQUILES

Gran autor debe de ser
el que con eterna palma
a cada cuerpo da un alma,
y una vida a cada ser;
¿quién eres tú?

SIRENE

Una mujer.

AQUILES

Dulce nombre: ¿tú quién eres?

DEIDAMIA

Una mujer.

AQUILES

¡Qué placeres
tan tiernos, tan amorosos!
¡Vive Dios que sois hermosos
animales las mujeres!
Mas, ¿cómo si viendo estoy
en las dos una excelencia,
hay tan grande diferencia
en las dos, que al veros hoy,

con igual afecto os doy
una alma que tengo bella,
y tan al contrario della
usáis, que al irla a cobrar,
tú me la vuelves a dar
y tú te quedas con ella?
¿Qué poder en ti más fuerte
puso el cielo, pues a ti
el verte me basta a mí,
y a ti no me basta el verte?
Tu hermosura me divierte,
la tuya me da pasión,
y en igual admiración,
con desiguales enojos,
tú te quedas en los ojos,
tú te entras al corazón.

SIRENE

Señor monstruo, que hay, confieso,
en lo que va a discurrir,
muchísimo que decir,
mas yo no estoy para eso.

DEIDAMIA

¡Muerta estoy! Estoy sin seso
al ver tanta rustiqueza,
en tan inculta belleza

SIRENE

Huye, señora. (**Vase.**)

DEIDAMIA

No puedo,
que grillos me ha puesto el miedo.

AQUILES

¿Por qué con tal ligereza
huyó de la vista mía?
Aunque si digo verdad,
no me hace ella soledad
si tú me haces compañía.

DEIDAMIA

No, no te acerques, desvía.

AQUILES

(Detiénela.) No huyas tú, detente, espera.

DEIDAMIA

Suelta.

AQUILES

No haré hasta que infiera
quién vida y muerte me da.

SIRENE

(**Dentro.**) Corred, que Deidamia está en los brazos de una fiera.

TODOS

(Dentro.) Acudid todos al llano.

no su vista me acobarda
para no darle la muerte.

AQUILES

Pues no le tengas, aparta;
veamos si mata lidiando,
quien antes de lidiar mata.

LIDORO

¿Tú eres Aquiles?

AQUILES

Yo soy.

LIDORO

Pues de esa loca arrogancia
quiero remitir el duelo
por ti y por quien me lo manda;
porque siendo como eres,
a quien destinan las sacras
deidades en ti de Grecia,
en lugar de otra venganza,
quiero ser tu amigo.

AQUILES

Yo
no quiero; que será infamia
ser amigo con la voz
y enemigo con el alma.

LIDORO

¿Por qué enemigo?

AQUILES

No sé.

LIDORO

¿Qué causa he dado?

AQUILES

La causa,
aunque sé bien cómo es,
no sé bien cómo se llama.

DEIDAMIA

Pues fue mía la ventura
de hallarte, y el duelo basta,
conmigo has de venir.

AQUILES

Eso
no es posible, aunque me arrastra
tu hermosura y mi dolor.

DEIDAMIA

Pues, ¿por qué?

AQUILES

Porque hace falta

a una deidad por quien vivo;
y si viene y no me halla
en la prisión que rompí,
no dudo que sus venganzas
harán mi vida infelice;
y así a pesar de las ansias
que a un tiempo siento e ignoro,
adiós deidad soberana,
y agradecedme el dolor
que llevo dentro del alma. **(Vase.)**

DEIDAMIA

Oye.

LIBIO

Aguarda.

AQUILES No es posible.

LIDORO

No; lo será si le alcanza
mi velocidad. Espera,
que yo le traeré a tus plantas. **(Vase.)**

DEIDAMIA

Mal podrás, que el viento mismo
debió de darle las alas,
según penetra veloz
el monte.

(Salen todos.)

EL REY

Hermosa Deidamia,
¿qué ha sido esto?

DEIDAMIA

Examinar
que las dichas no las halla
quien las busca, sino quien
más empereza el buscarlas,
pues yo, que a buscar no fui
a Aquiles en esta playa,
le hallé.

ULISES

¿De qué sabes que él
fuese?

DEIDAMIA

De que él lo declara.

DANTEO

¿Y dónde está?

DEIDAMIA

Se ha ido huyendo;
mas seguidme, que aunque vaya
tras él el gallardo joven
que del mar la horrible saña

a tierra arrojó, no pienso
que le alcance, si no ataja
vuestros pasos por aquí. (**Vase.**)

TODOS Guía, que tus soberanas
 luces seguiremos todos. (**Vanse.**)

DANTEO Libio, pues ves que quien anda
 en alcance deste monstruo,
 que un Dios revela, otro guarda,
 es Lidoro, ven tras él,
 no suceda una desgracia.

LIBIO Vaya el gran Sofí, que yo
 nunca fui amigo de caza
 de monstruos; aun de perdices
 y de conejos me cansan,
 porque después de molerse
 un hombre tarde y mañana,
 no tray más de cuatro reales,
 que es lo que cuesta en la plaza.

UNOS A la marina.

OTROS A la selva.

OTROS Al monte

(**Sale cayendo AQUILES.**)

AQUILES El cielo me valga.

LIBIO A mí también, que no menos
 lo he menester.

AQUILES De esas altas
 peñas me dejé caer,
 porque nadie me alcanzara
 de cuantos me siguen: ¡cielos!,
 ¿en qué mi vida les cansa?

LIBIO ¡Ay, qué tamañito monstruo!,
 pero para mí este basta,
 y así entre aquestas dos peñas
 me esconderé mientras pasa.

AQUILES No soy bruto de su especie;

LIBIO	Por donde no dé conmigo.
DEIDAMIA	(Dentro.) Desde aquellas peñas altas fue por donde se arrojó.
LIBIO	Sitiad el monte.
DANTEO	A la playa.
ULISES	A la marina.
EL REY	A la selva.
AQUILES	Pues tan en mi alcance andan, aquesta quiebra me esconda.
LIBIO	¿No había otra desocupada sino esta?
AQUILES	¿Quién está aquí?
LIBIO	Un lobo que dio en la trampa.
AQUILES	¿Quién eres?
LIBIO	Iré a saberlo; ya vuelvo.
AQUILES	¿De qué te espantas?
LIBIO	De poco, pues es de ti.
AQUILES	¿Por qué?
LIBIO	Porque tengo gana de espantarme.
AQUILES	Ahora conozco que hay en las sangres distancia, pues hay hombres que me temen, donde hay hombres que me agravian. Ven acá.

LIBIO	Aquí estoy muy bien.
AQUILES	¿Has visto en esta montaña una boca de quien es todo un peñasco mordaza?
LIBIO	Pues no. Vaya usted, que a aquella parte está.
AQUILES	Ven tú a enseñarla.
LIBIO	Desde aquí daré las señas.
AQUILES	Tu temor me ha dado causa a obligarte que conmigo vengas, y ya con dos causas: que por dónde voy no puedas decir, y de paso me hagas capaz de un dolor que ignoro. Ven acá, ¿cómo se llama una dulce pesadumbre, que a un tiempo yela y abrasa todo el corazón, corriendo desde los ojos al alma?
LIBIO	¿Qué habías visto?
AQUILES	Una mujer.
LIBIO	O todas mis ciencias faltan, o esa pasión es amor.
AQUILES	Luego, después de mirarla, ¿otra más fuerte pasión, hija de aquella, hay contraria? ¿Cómo se llama?
LIBIO	¿Qué habías visto?
AQUILES	Que a un hombre se abraza.
LIBIO	Aquesos se llaman celos.
AQUILES	¿Celos? Mientes, tú me engañas; que no pueden celos ser a quien una letra falta para 'cielos' y le sobra para ser 'infierno' tantas; y cuando lo sean, ¿qué cura

tener pueden?

LIBIO Olvidarla.

AQUILES Dame tú un poco de olvido.

LIBIO Hémelo dejado en casa,
mas, si un tantico me espera
iré por él, y en volandas
de tantísimo de olvido
vendré cargado.

AQUILES ¿Qué aguardas?
Corre veloz.

LIBIO Al instante
verás que vuelvo; la espalda,
mamola el seor mostrecillo.

DEIDAMIA Allí se mueven las ramas;
cercad el sitio.

AQUILES ¡Ay de mí!
¿El despeñarme aun no basta
para que el centro me esconda?
Pero la fuga me valga
por esta parte.

(Sale LIDORO al paso.)

LIDORO Detente,
prodigiosa fiera humana,
que mía ha de ser la dicha
de que a los pies de Deidamia
vuelvas.

AQUILES Porque tú no logres
esa ocasión de agradarla,
no por temor, otra vez
el monte crucé.

(Sale ULISES.)

ULISES Aguarda,
racional humano monstruo,
ya que para mi esperanza
quiere el cielo que yo sea
quien te dedique a las aras
de Marte, para blasón
de Grecia.

AQUILES

Pretensión vana
es parar mi curso.

(Sale DANTEO.)

DANTEO

Espera,
prodigio destas montañas,
que mío ha de ser el triunfo.

AQUILES

¿Dónde pueden ir mis ansias,
cercado de tantos?

(Sale EL REY.)

EL REY

Donde
sea mía la alabanza
de tu rendimiento.

(Sale DEIDAMIA.)

DEIDAMIA

No huyas,
sabiendo que no te agravia
quien para tu honor te busca.
Eso no sé, y sé que airada
una deidad que ofendí
quedará, si no me halla
donde me dejó, y así
entre todos, las espaldas
fiadas deste peñasco
he de lidiar en demanda
de mi libertad.

AQUILES

TODOS

Pues, ¿cómo
de tantos librarte aguardas?

(Toma un bastón, como arrancado de un árbol.)

AQUILES

Muriendo y matando.

EL REY

Date
a prisión, pues que no tratas
darte a partido.

AQUILES

Divina

(Riñen todos con él.)

deidad, ¿cómo en pena tanta

por un pequeño delito
me falta tu amor?

(Ábrese el peñasco y vese TETIS en él, y vuelve a cerrarse con AQUILES.)

TETIS No falta;
que este peñasco abrirá
sus pavorosas entrañas
para librarte de que
cumpla el hado su amenaza.

AQUILES ¡Ay de quien, vivo, sepulcro
esconde sin esperanzas
de que nunca ha de volver
a ver el sol de Deidamia!

EL REY ¡Qué prodigio!

LIDORO ¡Qué portento!

DANTEO ¡Qué maravilla!

ULISES ¡Qué ansia!

DEIDAMIA Pues el centro de la tierra,
para escondérsenosle, rasga
sus duros senos, ¿quién duda
que oculta deidad le ampara?

EL REY Si contra oculta deidad
humano poder no basta,
desamparemos el monte.

DANTEO Al mar.

LIDORO Al golfo.

TODOS A la playa.

ULISES Aunque todos huyan, yo
quedaré donde dé trazas
opuestas, deidad, de hallarle
donde quiera que le guardas.

JORNADA II

Vuelve a abrirse el peñasco y vese en él a AQUILES y TETIS luchando, y con los primeros versos salen al tablado y el peñasco se cierra.

AQUILES ¿Esta es piedad?

TETIS Sí.

AQUILES Pues no
quiero admitirla.

TETIS ¿Qué intentas?

AQUILES Arrojarme despechado,
desde esa más alta peña
al mar, a donde mi vida,
desesperada y resuelta,
de un sepulcro a otro sepulcro
pase de una vez, y tengan
fin tantas ansias.

TETIS Advierte.

AQUILES Es en vano.

TETIS Considera.

AQUILES No es posible.

TETIS Mira.

AQUILES ¿Qué
hay que mire?, ¿qué hay que advierta?,
¿qué hay que considere, cuando
sujeto a tirana fuerza,
segunda vez solicitas
reducirme a más estrecha
prisión que la que echó a mal
los años de mi edad tierna?
Cuando pensé que el abrirse
en duras bocas la tierra,
amparándome de tantos
como me sitiaron, fuera
para mi seguridad,
¿vuelve a ser para mi afrenta?
Pues no, no ha de ser, que ya
es tarde para obediencias.

Antes que viera del sol
las luces, antes que viera
de los cielos la armonía,
de los montes la soberbia,
de las flores la hermosura,
de las aves la belleza,
y la inquietud de los mares,
ya toleraba mi estrella
en la fe de la ignorancia
el voto de la apaciencia.
Pero después que los vi,
y vi que juraba reina
de la hermosura a Deidamia
toda la naturaleza:
¿cómo quieres que otra vez
sin ellos viva, y sin ella,
y me consuele de hallarla,
tan solo para perderla?
Y así, piadosa, cruel,
que me amparas y me fuerzas,
que me crías y me afliges,
me halagas y me atormentas,
perdóneme tu respeto,
que aunque obedecerte quiera,
mi voluntad, mi pasión,
no quiere que te obedezca.
Yo he de seguir de Deidamia
la luz, aunque la defiendan
los hados, o ha de quitarme
la vida, porque no tenga
a pesar de mi valor
aqueste triunfo su ausencia.

TETIS

¡Ay, Aquiles, si supieses
cuán piadosamente atenta
esta que llamas crueldad,
tu vida ampara, y reserva
de opuesto influjo!

AQUILES

¿Qué influjo
habrá tan cruel, que pueda
más que quitarme la vida?
Pues si tú me quitas esta,
¿qué me das? Y así, perdona,
digo otra vez, y pues fiera
constelación una vida
destina a dos muertes, deja
que la pierda a gusto mío,
si es preciso el que la pierda.
Vuelve, pues, bella Deidamia,
y cuantos te siguen vuelvan

TETIS
AQUILES

a lograr en mí las iras,
con que mi muerte desean.
¡Aquiles os ⁽¹¹⁾ llama!, ¡Aquiles!
Suspende la voz y piensa.
Ya te he dicho que es en vano,
si ya no es que me convenza
superior razón; y así,
mientras la causa no sepa
que te obliga a que me ocultes
quién eres, y soy, y mientras
no volviere a ver el cielo
de aquella deidad, aquella
sin quien ya será imposible,
que alivio mis ansias tengan,
no ha de volver a domarme
el yugo de tu obediencia.

TETIS

¿Tanto una beldad te arrastra?

AQUILES

Tanto que seguirla es fuerza.

TETIS

¿No hay olvido?

AQUILES

No sé dél.

TETIS

¿No hay cordura?

AQUILES

No sé della.

TETIS

¿No hay albedrío?

AQUILES

No es mío.

TETIS

¿No hay libertad?

AQUILES

Es ajena.

TETIS

¿No hay remedio?

AQUILES

No hay remedio.

TETIS

¿No hay prudencia?

AQUILES

No hay prudencia;
morir o ver a Deidamia.

TETIS

Pues ya que a su extremo llega

tu pasión, llegue a su extremo
la mía también, y sea
un asombro de otro asombro.

AQUILES

¡Reparo infeliz!

TETIS

¿Qué intentas?,
¿que sepas tú tu peligro,
y yo poner medio sepa
con que tú a Deidamia asistas,
y yo seguro te tenga?

AQUILES

Pues, ¿qué aguardas?

TETIS

Temo que
no verisímil parezca.

AQUILES

Al amor todo le es fácil.

TETIS

¿Si es terrible?

AQUILES

No le temas.

TETIS

¿Si es temerario?

AQUILES

¿Qué obsta?

TETIS

¿Si es extraño?

AQUILES

Que lo sea

TETIS

¿Y si acaso...

AQUILES

Di.

TETIS

...peligra
en términos de dolencia?

AQUILES

¿Qué importara, si es mi vida
fábula, que lo parezca?
¿De qué manera si, pues,
ha de ser?

TETIS

Destá manera.
Yo soy, prodigioso Aquiles,
ya que declararme es fuerza,
Tetis, hija de Neptuno,
primer deidad de su esfera.
Algunas tardes, que el mayo
en su hermosa primavera

conchas me ferió y corales
a claveles y azucenas,
con otras ninfas del mar
discurría la ribera
deste monte, coronada
de aljófares y de perlas.
Peleo, príncipe altivo
de la isla, tras las fieras
la campaña discurría,
cuando viendo mi belleza
(para desdichas, no es
vanidad que la encarezca)
solicitó mis favores,
y advirtiéndome cuánto era
imposible a su deseo
ingrata mi resistencia,
dispuso... Pero permite
que aquí, turbada la lengua,
la retórica dispense
con el semblante, pues ella
menos dirá con la voz
que él dice con la vergüenza.
Basta pues, ¡ay infelice!,
que embrión de una violencia
fuiste, porque no te quejes
de mí, sino de tu estrella,
pues eres tan desdichado,
que cuando todos se precian
que nacieron de un amor,
naciste tú de una fuerza.
Yo ofendida, yo quejosa,
porque nunca se supiera
que tuvo logro su injuria,
ni que dio fruto mi afrenta,
a él le di muerte y la isla
quemé, no dejando en ella
racional testigo en quien
no sepultase mi ofensa
sin reservar, no mi ira,
sino superior clemencia,
más que ese templo, que Marte
sobre sus cumbres conserva.
Entre este horror, este asombro,
este pasmo, esta inclemencia,
lidiando mi pecho al verte
el rencor con la ternura
y que culpas de malicia
iba a pagar la inocencia,
te críe con el secreto
que, encomendado a las peñas,

creciste a merced de solas
silvestres frutas y yerbas.
Viendo, pues, tu prodigioso
nacimiento, quise atenta
al discurso de tu vida
leerle en las doradas letras
de ese volumen, usando
de la no adquirida ciencia,
sino heredada, bien como
deidad de mares y selvas.
Y hallé que al tercero lustro
te amenaza la más fiera
lid, la más dura batalla,
la campaña más sangrienta
de cuantos en sus teatros
la fortuna representa.
Conque al ver por una parte
que a mi decoro es decencia
tenerte oculto, y por otra
que a tu vida es conveniencia,
quise, añadiendo razón
a razón y fuerza a fuerza,
que no salieses al mundo
hasta que mi diligencia,
haciendo que el fatal crisis
de la amenaza trascienda,
quebrase al hado los ojos.
Mas, ¡ay de mí!, ¡cuánto yerra
quien al poder de los dioses
previene hacer resistencia!
Marte lo diga, pues viendo
que al ceño de sus violencias
contigo el horror anima,
contigo el estrago alienta,
en su oráculo ha mandado
que en los centros de estas quiebras
te busquen, porque tú solo
importas en esta guerra,
tanto que sin ti no puede
acabarla toda Grecia.
Y dígalo Venus, pues
siendo en el robo de Elena
cómplice, como soborno
que fue de la competencia
de Paris, con los estruendos
de agua, fuego, viento y tierra,
el oráculo impidió,
dejando en su nombre y señas
declarada la noticia
y dudosa la certeza.

Y siendo así que tu hado
y su oráculo convengan
a tiempo que tú vencido
te ves de pasión tan ciega
que el retirarte a que vivas
es retirarte a que mueras,
¿qué mucho que yo al delirio
de una imaginada idea
procure hacer tiempo que hado,
amor y oráculo venzas?
Astrea, de Deydamia prima,
a quien en su infancia tierna
llevó al gobierno de Acaya
su padre, muriendo en ella,
llamada fue de Deydamia,
a que en sus palacios tenga
las dignidades de dama
con los honores de deuda.
Embarcose pues, y al fiero
temporal de una tormenta
dio al través, siendo la nave
su tumba, la quilla vuelta.
Con que yo agora, valida
de la blanda primavera
de tu edad, apadrinada
de tu divina belleza,
en fe de que nadie puede
en Egnido conocerla,
puesto que de infante a joven
dan las facciones mil vueltas,
solicito, como dije,
que el mundo en tu historia vea
la más extraña que el tiempo
repite en plumas y lenguas;
pues como tú, Aquiles, tomes
el traje y nombre de Astrea,
y yo bajel y familia
y demás faustos prevenga,
no dudo que, como el reo
que delincuente se alberga
a la sombra del cadahalso
donde nadie le sospecha,
te ampires tú en tu peligro
de ti, maginando señas
de que allí puedan buscarte
ni el amor que te atormenta,
ni el hado que te amenaza,
ni oráculo que te arriesga,
en cuyo disfraz tú agora
discurre, imagina y piensa

cuál viene a estarte mejor:
que de ti tu influjo sepan
o estar sirviendo a tu dama.
Y cuando no te convenzan
tres razones tan precisas,
pensar será la más cuerda,
que esto no ha de durar más
que solo hasta que trascienda
el punto que te amenaza,
que ya se divisa cerca:
y una vez pasado, yo
seré, Aquiles, la primera
que de la rascada brida
el tiento te dé en la rienda,
la noticia en el estribo,
y en él borren la firmeza;
que el blando acero te ciña,
el limpio arnés te prevenga,
el duro yelmo te enlace,
el fuerte escudo te ofrezca,
para que glorioso vivas.
Mas deja hasta entonces, deja,
que averigüemos al cielo
si tiene el ingenio fuerzas,
contra el poder de sus hados
y influjo de sus estrellas

AQUILES

Si a cada razón de cuantas
me ha dicho tu voz, hubiera
de responderte, confuso
me hallara entre las respuestas.
Y así por no confundirlas,
o no embarazarme en ellas,
todas las dejo, pues todas
en una sola se abrevian.
Si a vivir voy con Deydamia,
si a adorar voy su belleza,
nombre, ser, honor y fama,
¿qué se pierde en que se pierda?
No me dilates la dicha
que me ofreces; considera
que persuadido un deseo
a siglos las horas cuenta.

TETIS

Pues ya que lo estás, escucha:
¡ha del mar!

(Salen cuatro NINFAS.)

MÚSICA

(Dentro.) ¡Ha de la tierra!

TETIS	Hermosas ninfas de Tetis.
UNO	¿Qué mandas
DOS	¿Qué quieres?
TRES	¿Qué dices?
CUATRO	¿Qué ordenas?
TODAS	Pues sabes que estamos siempre a tu obediencia.
TETIS	Que con los más sumptüosos adornos, joyas y telas, que en los archivos del mar la hidrópica sed encierra, a aqueste bruto diamante pulir tratéis de manera, que el que fue asombro de horror, pase a serlo de belleza, cuando femeniles pompas, tanto su forma desmientan, que sea monstruo en los jardines el que fue monstruo en las selvas.
LAS CUATRO	Norabuena sea, sea norabuena, [trocando su forma] de horror en belleza, monstruo en los jardines, quien lo fue en las selvas: sea norabuena.
UNO	Ven donde tus ninfas...
DOS	...a tu gusto atentas...
TRES	...su hermosura labren...
CUATRO	...pulan su belleza.
UNO	De suerte que como...
DOS	...has dicho tú mesma...
TRES	...tanto su semblante...
CUATRO	...disfrace que sea...

TODAS **(Cantan.)** Trocando su forma
de horror en belleza,
monstruo en los jardines
quien lo fue en las selvas.

TETIS Ven a la orilla del mar,
donde ya, Aquiles, te espera
el fantástico bajel,
en que de todas sus señas
informado te acompaña.

AQUILES Cielo, sol, luna y estrellas;
montes, mares, troncos, flores;
brutos, aves, peces, fieras:
ya que es fuerza que mi vida
fábula al mundo parezca,
dadme ingenio con que supla
mi ignorancia, cuando sea
monstruo en los jardines
quien lo fue en las selvas.

TODAS Norabuena sea,
sea norabuena.
Veamos si sus hados
vence, cuando sea
monstruo en los jardines
[quien lo fue en las selvas.]

(Vanse cantando y representando, y sale ULISES como oyendo las voces.)

ULISES «Veamos si sus hados
vence, cuando sea
monstruo en los jardines,
quien lo fue en las selvas».
¿Qué nuevo oráculo, cielos,
es este que al aire suena,
en que parece que Marte
se obliga de la fineza
con que me quede en el monte,
cuando dél todos se ausentan?
Por si averiguar pudiese
el alma de su respuesta
intentando declararla,
pues para su inteligencia
que allí impidió el terremoto,
dice aquí en voces diversas.

ÉL y MÚSICOS **(Dentro.)** A ver si sus hados
vence, cuando sea

monstruo en los jardines,
quien lo fue en las selvas.

ULISES

Tropa de marinas ninfas
es la que hacia la ribera
alegremente festiva
llevando el monstruo se acerca.
Tras ellas iré, aunque en vano
será, pues en hombros dellas
ya al mar se introduce, donde
hermoso bajel le espera,
a cuyo borde llegando,
vuelven a decir contentas,
como que a Marte en baldón
dicen de su competencia.

ÉL y MÚSICOS

Veamos si sus hados
vence, cuando sea
monstruo en los jardines,
quien lo fue en las selvas.

ULISES

Ya dentro del buque al mar,
en las náuticas faenas
del marinaje, las voces
dicen en música envueltas.

MÚSICOS

¡A leva, a leva!
El ancla desmarra,
despliega las velas,
y gozando el viento,
que sopla de tierra,
¡a leva, a leva!
Veamos si sus hados
[vence, cuando sea
monstruo en los jardines
quien lo fue en las selvas.]
¡A leva, a leva!
El ancla desmarra,
y descoge la vela.

ULISES-

Ya engolfado en alta mar,
tan favorable navega,
que siendo delfín que nada,
parece neblí que vuela;
pero no me desconfíe
a pensar, que las cautelas
de Ulises... Pero, ¿qué digo,
si es tan imposible haberlas,
cuanto lo es el contrastar
alguna deidad suprema,

que al resguardo de sus riesgos
de aquí diciendo le ausenta?

ÉL y MÚSICOS

¡A leva, a leva!
Veamos si sus hados
vence, cuando sea
monstruo en los jardines,
quien lo fue en las selvas.

(Sale LIDORO leyendo una carta y DANTEO descubierto y LIBIO.)

DANTEO

¿Qué escribe el Rey mi señor?

LIDORO

Que habiendo la voz corrido
de haberse el bajel perdido,
ya de mi muerte el rigor
tuvo por cierto; mas luego
que a la voz siguió el aviso,
ponerse en camino quiso
para Egnido: tanto llego
a deber a su fineza.
Y al fin, que presto vendrán
prevenciones que podrán
desempeñar la tristeza
con que hoy vivo disfrazado
a vista de tanto bien.

DANTEO

Aunque disculpas me den
tus razones, lo has errado
en callar desde aquel día;
pues, ¿que importaría llegar
derrotado tú del mar?

LIBIO

Muchísimo importaría;
lleno a su novia envió
de joyas y de cadenas
su retrato uno, y apenas
la dicha novia le vio,
cuando con dos mil placeres
dio el sí. Él, muy amante y fino,
se puso luego en camino.
Ciertos hombres y mujeres,
de los que alzando figura,
dicen, sin saber de estrellas,
la buena ventura ellas,
y ellos la mala ventura,
dieron con él, y tomaron,
a la vista del lugar
a donde se iba a casar,
cuanto en su poder hallaron.

Él, bien o mal, como pudo,
hasta su novia llegó;
ella así como le vio
descadenado y desnudo,
dijo: «Este no se parece
al retrato que yo amé,
ni he de casarme, porque
quien no parece, perece».

DANTEO

Extraña frialdad.

LIDORO

Espera,
que bajando a los jardines,
donde rosas y jazmines
aguardan su primavera,
Deydamia, hermosa, ha salido
de su cuarto.

DANTEO

Llegaré
a hablarla al paso, porque
puedas, señor, divertido
en su hermosura, lograr
la breve ocasión que ofrece
el sitio.

LIDORO

Y [si] te parece,
en mí la puedes hablar
para ver si su semblante,
iris del cielo de amor,
corre algún rasgo en favor
de mi fortuna inconstante.

DANTEO

Ya llega cerca; y así
es bien, el papel trocado,
hagas el de mi criado.

(Salen DEYDAMIA y SIRENE, cúbrase DANTEO y descúbrese LIDORO.)

DEYDAMIA

¿Quién, Sirene, estaba aquí?

SIRENE

Al embajador vi agora
de tu esposo.

DEYDAMIA

¡Qué rigor!
¿Qué hay de nuevo, embajador?

DANTEO

Mucho que temer, señora,
y que dudar

DEYDAMIA

¿De qué modo?

DANTEO	Carta del Rey he tenido, en que me avisa que ha sido tan amante y fino enredo cuanto a su afecto ha tocado Lidoro, el príncipe mío, que obediente a su albedrío, así como efectüado vio el concierto, se embarcó, porque no quiso que fuera otro quien por vós viniera.
LIDORO	¿Alégrase de oílo?
LIBIO	No.
DANTEO	Y haber llegado sin él el aviso, me he tenido triste, y más habiendo oído la pérdida de un bajel, según me contaba aquí este extranjero, que igual corrió el mismo temporal.
LIDORO	¿Y agora alégrase?
LIBIO	Sí.
LIDORO	Mientes, que primero fue cuando el semblante alegró, y agora le entristece.
LIBIO	Yo poco de semblantes sé, pero ni uno ni otro vi.
DEYDAMIA	Mucho siento, embajador, que tenga vuestro temor tanta razón contra sí.
LIDORO	¿Ves si lo siente?
LIBIO	Muy bien.
DEYDAMIA	Decid a ese forastero que llegue a hablarme, que quiero informarme yo también [de las noticias que tiene.
DANTEO	Mirad, que llama Su Alteza.
LIDORO	Si esa divina belleza

tantos favores previene
al que llega perseguido
de la fortuna y del hado,
ya fuera más desdichado,
si menos lo hubiera sido.

DEYDAMIA

¿No fuisteis vós el primero
que a socorrerme llegó
cuando mi temor creyó
ser Aquiles monstruo fiero?

LIDORO

Yo fui el primero, señora,
que presumió que pudiera
ser tan felice que diera
por vós la vida que agora
rinde humilde a vuestros pies.

DEYDAMIA

Confieso que agradecida
os quedé, y compadecida
de vuestras penas, después
que supe que derrotado
habías salido del mar;
y para desempeñar
la deuda en que os he quedado
en algún cargo, poned
los ojos, que desde agora
ser ofrezco intercesora **(Yéndose.)**
en que se os haga merced.

LIDORO

La tierra que pisáis beso;
si la tierra que pisáis
besar merezco, y pues dais
con tal liberal exceso
ocasión a mis enojos
de alentarse, yo os diré
una pretensión en que
tengo ya puestos los ojos.

DEYDAMIA

(Vuelve.) Decid.

LIDORO

No ha de ser agora

DEYDAMIA

¿Por qué?

LIDORO

Porque no me atrevo.

DEYDAMIA

¿Cómo?

LIDORO

Como agora debo

pensarlo mejor, señora.

DEYDAMIA

¿Pues no me decís, que ya pensada la tenéis?

LIDORO

Sí;
pero habiendo vós por mí
de empeñaros, claro está
que el atreverme es forzoso
a más, que muy otro ha sido,
pensar como desvalido,
que pedir como dichoso.

DEYDAMIA

Pues volvedme a verme aquí,
en habiéndolo mirado.

LIDORO

¿Cómo habiéndome llamado,
para informaros de mí,
cuando mi naufragio fue,
tan poco cuidado os da,
saber si cierto será
el de Lidoro?

DEYDAMIA

No sé; (**Al paño.**)
porque, o es verdad, o no;
si no es verdad, necedad
es sentirlo, y si es verdad,
¿qué culpa le tengo yo?
Y pasando a otro temor,
que más que aquesto lo ha sido
sepa si el bajel perdido
de Acaya era, que el rigor
que más me aflige, es pensar
si en él Astrea venía.

LIDORO

No, señora, que él traía
contrario rumbo de mar,
y Lidoro venía en él.

DEYDAMIA

Como quiera que el bajel
el de Astrea no haya sido,
por esa segunda nueva,
en segunda obligación
valdré vuestra pretensión.

LIDORO

Con tal favor, que me atreva
a más que pensé, será
dicha, no jactancia.

DEYDAMIA

Pues
dadme el memorial después. (**Vase.**)

LIDORO

¿Quién darme a un tiempo creará
muerte y vida? Poco gusto
muestra de mi casamiento
Deydamia.

DANTEO

Ese sentimiento,
recelo es de amor injusto,
que claro es que su recato
no había de hacer exceso
alguno.

LIBIO

Tampoco es eso.

LIDORO

¿Pues qué?

LIBIO

Vuélvome al retrato.
Venimos descadenados;
y así somos recibidos,
como hombres mal parecidos;
deja que lleguen criados,
vestidos, joyas, dineros,
caballos, coches, libreas,
y que cercado te veas
de pajes y de escuderos;
deja que haya hoy un festín,
que haya mañana un torneo,
esotro justa y paseo,
máscara esotro; y en fin
verás entonces, señor,
cómo con grandeza igual,
si ahora has parecido mal,
pareces mucho peor.

DANTEO

Y en fin, ¿qué piensas hacer?

LIDORO

Escribir, Danteo, con tal
atención el memorial,
que sin llegar a saber
quién soy, la ponga en cuidado
de querer saber quién soy,
para cuyo intento hoy...

DANTEO

Calla, que el Rey ha llegado.

(**Sale EL REY y gente.**)

EL REY

Ya que quedaste en el monte,
dime si algún rastro o seña
volviste a hallar.

ULISES

Peña a peña
corrí todo su horizonte;
ni indicio, ni rastro hallé.
(Aparte.) El oráculo que oí
reservaré para mí,
y en tanto que más no sé,
mira qué quieres que diga
a los príncipes de Grecia.

EL REY

Cuánto mi amistad aprecia
entrar en la heroica liga
que contra Troya se trata;
pero que en aquesta parte,
el oráculo de Marte
mis prevenciones dilata.
Porque mientras yo no veo,
que Aquiles a Troya va,
a quien todos vimos ya,
sin que sepamos cuál sea
la deidad que nos oculta,
yo no me atreveré a hacer
lid, en que se va a perder;
pues Marte lo dificulta.

ULISES

De esta suerte lo diré:
de tu parte y de la mía,
protesto desde este día
a Grecia mi patria, en fe
del hijo de más valor,
y según dicen más sabio,
en venganza de su agravio,
y en demanda de su honor,
no perdonar diligencia
que mis engaños sutiles
no hagan en busca de Aquiles,
a traerle a tu presencia,
si sé en varios horizontes
abrí, sufriendo pesares,
las entrañas de los mares,
y los senos de los montes.
Deidad que le guardas, si
para otros ocultos fines,
ya es monstruo de los jardines,
¿dónde está Aquiles?

(Sale un CRIADO.)

CRIADO

Aquí,
Esperad

EL REY

¿Qué es eso?

CRIADO

Astrea,
que ahora acaba de llegar,
licencia pide de entrar.

ULISES

¿Otro proverbio? Aunque sea
acaso, pues dijo «aquí»,
aquí le empiece a buscar.

EL REY

¿Qué espera para llegar
mi sobrina? Celio, di

tú a Deidamia, que a la bella
Astrea salga a recibir,
que aunque la viene a servir,
hay tanta nobleza en ella,
que es justo honralla.

LIBIO

Esta esfera

LIDORO

hoy nuevo cielo será.
Calla, porque llegan ya.

LIBIO

Yo callara si pudiera.

(Tocan chirimías; sale AQUILES de dama y TETIS con acompañamiento por una parte, y por otra DEIDAMIA y las damas.)

AQUILES

Apenas vi del palacio
la inmensa fábrica augusta,

cuando todos mis sentidos
se desvanecen y turban.

TETIS

Pues vuelve en ti, y con prudencia
te cobra y te disimula.

AQUILES

Vuestra Majestad, señor...

yo... si... cuando... los pies nunca
merecí.

EL REY

Esta turbación,
más os abona y disculpa,
que pidiera la más docta
retórica, y más aguda;

AQUILES

besad la mano a Deidamia.
Hermosa Deidamia, en cuya
competencia de los cielos
es sombra la luz más pura,
dadme a besar vuestra mano,
y perdonadme, que muda
tanta dicha no encarezca,
que aunque mi rudeza estudia
muchas cosas que deciros,
no se me acordó ninguna,
desde que os vi, y esta sola
siempre en mi memoria dura,
porque tocar vuestra mano
mal puede olvidarse nunca.

DEIDAMIA

En toda mi vida vi
más peregrina hermosura,
alza Astrea del suelo,
y creed que tengo a ventura
que a ser vengáis, no mi dama,
sino mi amiga; que hay muchas
razones para estimar
(mis brazos os lo aseguran)
las prendas de vuestra sangre.

AQUILES

¡Oh, qué bien dicen, fortuna,
que no se consigue mucho,
si mucho no se aventura!
A los brazos de Deidamia
llegué; si es que alguno culpa
el disfraz, ame y verá
cuántos él discurre y busca.
Hoy de su mina arrancada
llega, tosca piedra inculta,
un alma a que los crisoles
del ingenio y la cordura,
con ejemplares la labren
y sin castigos la pulan.

SIRENE

Todas de vós, bella Astrea,
aprenderemos sin duda,
en vuestra beldad liciones
del ingenio que os ilustra.

EL REY

Ya, Ulises, que la ocasión
de que esta obligación cumpla,
cortó la plática nuestra,
a ella volvamos: no una
vez sola, pero mil veces

doy a las deidades sumas,
palabra de que en el día
que el cielo a Aquiles descubra
daré contra Troya a Grecia
todo mi favor y ayuda.

AQUILES

¡Válgame Dios! ¿Tanto importa
que el cielo mis hados cumpla?

ULISES

Y yo vuelvo una y mil veces
a dar palabra a las sumas
deidades también, de andar
el orbe todo en su busca,
hasta que el valor le encuentre
o el ingenio le descubra.

(Sale DANTEO.)

DANTEO

Cerca está de aquí, señor.

ULISES

¿Adónde...

AQUILES

¡Qué desventura!

ULISES

...Aquiles está?

DANTEO

Yo digo
un bajel, que haciendo puntas,
veloz neblí de las ondas,
el nido del puerto busca.

ULISES

¿Otro proverbio? No acaso
el cielo mi intento ayuda.

DANTEO

Y vengo a pedir albricias,
porque en él viene sin duda
Lidoro, según sus cartas
me dicen, y lo aseguran
el rumbo y seña que trae,
si bien las hace confusas
la distancia.

EL REY

Si es Lidoro
el que nuestros mares surca,
seguras albricias tienes.

DEIDAMIA

Las mías son más seguras,
que como lágrimas son,
están más promptas.

LIDORO

Fortuna,
cuando el Rey se alegra, ¿ella
se entristece y se disgusta?

DANTEO

Si ese bajel es de Epiro,
verás cuán presto se muda
la tristeza en alegría.

LIDORO

Ya tarde la espero, o nunca,
pero porque no se queje
de mí mi omisión, la industria
de hablarla en mi pretensión,
su afecto haré que descubra.

(Vanse LIDORO, DANTEO y LIBIO.)

EL REY

Vamos al muelle, que quiero
desde su elevada punta,
ver ese nevado cisne
nadar sobre las espumas.
Adiós Deidamia.

(Vase EL REY y CRIADOS.)

DEIDAMIA

Los cielos
te guarden: decid que acuda
la música a los jardines.
Ven Astrea.

TETIS

Antes escucha.

(Vase DEIDAMIA y damas.)

¿Ya has oído los desvelos
con que tu persona buscan?

AQUILES

Sí.

TETIS

Pues no te digo más
de que en conservarla oculta
está tu seguridad;
y pues queda tu fortuna
en tu mano, adiós Aquiles;
y ten silencio y cordura,
pues ya falta poco para
que el término su hado cumpla.

AQUILES

Eso díselo a mi amor;
que no es posible que sufra
silencio el fuego sin que
ahúme, ya que no luzga.

ULISES

Cielos, si a vuestras estrellas
persuadisteis a que influyan
en mi favor los afectos
que caudillo me intitulan
de toda Grecia, ¿por qué
después que el nombre me ilustra,
me andáis regateando el medio
y escaseando la ventura?
Sin Aquiles esta guerra
no tendrá, según pronuncia
el oráculo de Marte
favorable la fortuna.
Pues, ¿cómo a dar la noticia-
basta su deidad augusta,
y a descubrirle no basta?
Mas, ¡ay de mí!, que sin duda,
opuesto poder le ampara;
bien lo muestra y asegura
hacer cuando deja verse
que por los vientos nos huya.
Pues yo no me he de rendir
a dificultad ninguna,
que si hay un dios que le guarda
otros hay que le descubran.
Y si por humanos medios
esto puede ser, mi industria
dará trazas con que a efecto
llegue, y esta ha de ser una.
Muchos días ha que noto
que en la milicia no supla
la humana voz otra voz
superior a todas, cuya
orden gobierne las tropas,
ya divididas, ya juntas;
un horroroso sonido,
que ánimo y valor infunda
en los pechos de los hombres,
de suerte que su confusa
armonía, con variarle
de las cláusulas algunas,
todo un ejército entero,
si una vez el son escucha,
entienda lo que le manda
porque lo ejecute y cumpla.
Con esta imaginación
han trazado mis astucias
dos instrumentos: el uno
de curadas pieles rudas,
y el otro de retorcidos

metales; ambos retumban
de suerte que, armoniosos,
en una y otra voz juntan
los apartados extremos
del horror y la dulzura.
Destos instrumentos dos,
que erizan y que espeluzan
al que los oye, he de usar
hoy de Aquiles en la busca.
Y siendo así que de monstruo
de las montañas le muda
a monstruo de los jardines,
¿quién nos le guarda?, ¿quién duda
(pues la voz sola entrar puede
en la estancia más oculta)
que con este horror su oído
hiera, la prisión no sufra?
Porque joven a quien Marte
para sus triunfos anuncia,
gran corazón le guarnece,
gran espíritu le ilustra;
y no es posible que quien-
ya en los vaticinios triunfa
y en los oráculos vence,
oyendo este idioma, cumpla
con su mismo natural,
si arrebatado no busca
la horrible voz de la guerra,
que sus aplausos pronuncia.
Y cuando no se consiga
por tal medio tal ventura,
otros habrá, sin que dé
por vencidas mis industrias.
Pues antes... Mas, ¿qué instrumento
la voz de mis labios hurtan?
Músicos son de Deidamia,
y por detrás destas murtas
ella viene; embarazarla
no quiero. ¿Dónde, fortuna,
hallaré a Aquiles?

DEIDAMIA

Conmigo
no venga ahora ninguna.

ULISES

¿Otro a caso? Pues no quiero
creer que misterio no incluya

(Vanse y sale DEIDAMIA sola.)

DEIDAMIA

Quedaos y decid que no

canten, porque me disgusta
aplicar injustos medios
contra tristezas tan justas.
¡Oh tú, soberbio bajel,
que hollando cristales vienes,
si de mi pena crüel,
el dueño en tu esfera tienes,
no tomes puerto crüel!
Mira que son contra mí
(pues para no amar nací)
todos cuantos bordos das.

(Sale AQUILES.)

AQUILES

¿Dónde, pensamientos, vas?
Mas si está Deidamia aquí,
¿qué mucho que aquí vinieras
sin que la elección hicieras,
pues siempre va el corazón
al riesgo sin elección?

DEIDAMIA

Vuelve, vuelve al mar, no quieras
ser de un tirano tercero,
que al viento dos veces sigue.

AQUILES

Sola está: volverme quiero,
no haya ocasión que me obligue
a decir del mal que muero.

DEIDAMIA

No de la libertad mía
quieras... Mas, ¿quién, ¡ay de mí!,
mis sentimientos oía?

AQUILES

Yo; llegué aquí, y como vi
que estás sola, me volvía
por no escuchar lo que hablabas.

DEIDAMIA

Poco importara, ¡ay Astrea!,
ser tú la que me escucharas;
y para que tu amor crea
que tú no me embarazabas,
lo que me hubiera pesado
que alguien me hubiera escuchado,
te diré a ti, porque así
veas que fío de ti
la causa de mi cuidado;
tanto, si verdad confieso,
aunque parezca temprano,
te estimo.

AQUILES

Tu mano beso,

aunque no tanto por eso,
como por besar tu mano.

DEIDAMIA

Mi padre sin mi albedrío
con Lidoro me casó,
príncipe de Epiro.

AQUILES

Impío
rigor, ¿casada estás?

DEIDAMIA

No.

AQUILES

Vivamos corazón mío.

DEIDAMIA

Hechos los conciertos sí.

AQUILES

Pues si aún no lo estás, ¿de qué
es tu pena?

DEIDAMIA

Escucha.

AQUILES

Di.

DEIDAMIA

Tanto el sentimiento fue
de dar a quien nunca vi
mi padre mi voluntad,
que ofendida la crueldad
de mi altivo pensamiento,
se ha hecho aborrecimiento
lo que aún no fue voluntad.
Si mi padre me casara
con un hombre que yo viera,
y este con fineza rara
mis desaires padeciera,
y padeciendo, ganara
hoy el agrado, el afecto
mañana, esotro el favor
pudiera ser que discreto,
galante y fino su amor,
hiciera en mi amor efecto.
Pero querer que yo quiera
a quien no sé si sabrá
estimar mi mano, es fiera
esclavitud; ¿quién podrá
no sentirla?

AQUILES

De manera,
que si supiera, señora,
que un amante que te adora,
padeciendo te servía:
¿menos te disgustaría

su deseo?

DEIDAMIA

¿Quién lo ignora?
Porque el quererme a mí bien,
no es ofensa para mí.

AQUILES

Vida los cielos te den.

DEIDAMIA

Pues, ¿qué te va en eso a ti?

AQUILES

Mucho mal y mucho bien.

DEIDAMIA

¿Cómo?

AQUILES

No sé.

DEIDAMIA

Mi castigo
teme: declara, [t]ú por qué
lo has dicho.

AQUILES

A esto me obligo,
que si digo lo que sé,
no sabré lo que me digo.

DEIDAMIA

Pues yo lo quiero saber.

AQUILES

Y aun decirlo quiero yo.

DEIDAMIA

Di, pues.

AQUILES

(Aparte.) Presto (¡oh, fácil ser!);
hábito de hablar me dio
el hábito de mujer.
Hermosísima Deidamia,
cuya perfección feliz,
premáticas pone al mayo,
y leyes le da al abril.
En la gran isla de Marte
te vio un joven preferir
en lo rojo del clavel
a lo blanco del jazmín.
Allí te vio, mas no pudo
declarar su amor allí,
porque entonces no sabía
más que sentir sin sentir.
Tu ausencia y su sentimiento
le han obligado a venir
a tu corte disfrazado,
que como es guerra civil,

amor nunca se desdeña
de valerse del ardid.
Su sangre es ilustre, tanto,
que bien puede competir
con la más sagrada prole
de esa curia de zafir.
Su nombre, por no saberle,
no te lo puedo decir.
(**Aparte.**) Solo esto he de reservar
del secreto para mí,
porque no la escandalice
de Aquiles el nombre oír.
Pero ya que no le diga,
podré, fiándome de ti
en que no te has de enojar,
enseñarte, ¡ay infeliz!,
su persona alguna vez;
aunque en vano es prevenir
enseñarle yo, pues tú
le conoces como a mí.

DEIDAMIA

Mucho el aviso te estimo,
y porque podrá servir
el conocerle, de que
no me haga acaso incurrir
la ignorancia en los descuidos,
ya de hablar, o ya de oír,
mira que te ruego, Astrea,
y aun te mando desde aquí,
que en la primera ocasión
que me lo puedas decir,
me digas quién es este hombre
o me quejaré de ti.

AQUILES

Porque veas si deseo
obedecer y servir...

(**Aparte.**) Amor a mucho te atreves.

DEIDAMIA

¿En qué te suspendes, di?

AQUILES

Desde aquí le puedes ver.

DEIDAMIA

No veo a nadie desde aquí.

AQUILES

Míralo bien, que sí ves.

DEIDAMIA

Digo, que en todo el jardín
no estamos más que las dos
solas.

LIDORO	Pues si lo sabéis, oíd. (Cúbrese.)
AQUILES	Miren qué grave se ha puesto.
DEIDAMIA	Corazón, ¿esto sufrís?
LIDORO	Derrotado de los mares de Marte, a la isla salí, donde vi vuestra hermosura.
DEIDAMIA	¿Lo que tú me dices...?
AQUILES	Sí, basta que he venido a ser tercero yo contra mí pues me declararé por otro.
LIDORO	Viéndome tan infeliz, por no veros desairado, persona y nombre encubrí; y pues, ni el venir por vós en persona, ni el fingir mi nombre, es ofensa vuestra...
DEIDAMIA	¿Cómo es esto de venir por mí en persona?
LIDORO	¿Vós misma saber quién soy no decís?
DEIDAMIA	Pues ya no quiero saberlo después que lo sé, y así, si habéis de decir quién sois, a mi padre lo decid; que mujeres como yo, nunca acostumbran a oír finezas tan desmandadas, que hayan de llegar a mí, sin que sepan el camino por a dónde han de venir.
LIDORO	Si yo...
DEIDAMIA	No más.
LIDORO	Pude...
DEIDAMIA	Basta.

LIDORO	Pensad...
DEIDAMIA	Nada os he de oír; idos pues.
LIDORO	Si haré por daros tiempo.
DEIDAMIA	¿De qué?
LIDORO	De advertir, que es tan noble mi delito, que solo erró contra sí, no atreverse a parecer, por no atreverse a lucir.
DEIDAMIA	Tampoco Astrea me sigas tú.
AQUILES	Pues, ¿yo te ofendí?
DEIDAMIA	Sí.
AQUILES	En decir quién fuese.
DEIDAMIA	No.
AQUILES	Pues en qué.
DEIDAMIA	En no lo decir. ¿Puede haber más traidor trato, puede haber acción más vil, que, tercera de su amor, hablarme en que está por mí, un amante disfrazado, y recatar y encubrir quién era?
AQUILES	Eso no sabía.
DEIDAMIA	Pues, ¿cómo pudiste, di, saber que me vio en el monte, que vino encubierto aquí, y no quién era?
AQUILES	No sé.
DEIDAMIA	Eso es volverme a mentir segunda vez.

AQUILES

No me injuries;
que si enojada te vi
sin culpa, quizá con ella
la costa hecha a lo infeliz,
me atreveré a verte.

DEIDAMIA

¿Cómo?

AQUILES

Obligándome a decir
que no lo dije por él.

DEIDAMIA

Pues, ¿por quién, fiera?

AQUILES

Por mí.
Vuelva mi honor por quien es
tan cifra deste pensil,
tan enigma deste Alcázar,
quedando siempre tras ti,
le ves y no ves, le hablas
y no le hablas, le oyes y
no le oyes, porque delirio
de los hados, frenesí
de la fortuna y prodigio
del amor culto, en fin,
es deste jardín el monstruo. (Vase.)

DEIDAMIA

Tente, oye, espera, no así
me dejes viva, que yo
la he de matar, o inquirir
quién por mí puede ser, ¡cielos!,
el monstruo deste jardín.

JORNADA III

Salen por una parte AQUILES vestido de galán y por otra DEIDAMIA.

AQUILES	Pálido ceño de la noche fría, que limitada sombra desvanece y asombra la luz del sol el rosicler del día, siendo en abismo tanto, todo horror, todo miedo y todo espanto.
DEIDAMIA	Todo horror, todo miedo y todo espanto es cuanto toco y piso, pues apenas diviso en las arrugas del nocturno manto, atenta a mi querella, ni una luz, ni un reflejo, ni una estrella.
AQUILES	Ni una luz, ni un reflejo, ni una estrella en el cielo parece, o cuanto favorece mi pretensión, y de Deidamia bella, pues cuando en este traje vengo a hablalla, falta el sol, la luna huye, el viento calla.
DEIDAMIA	Falta el sol, la luna huye, el viento calla, cuando firme y constante vengo a ver un amante, tan enigma de amor, que a descifrarla no hay valor que se atreva, tal mueve, tal admira, tal eleva.
AQUILES	Tal mueve, tal admira, tal eleva de mi vida el suceso, que más Deidamia es esta, y aun por eso su nueva siquis con fragancia nueva, saluda en los verdores de las hojas, las ramas y las flores.
DEIDAMIA	De las hojas, las ramas y las flores el vulgo ha respirado; sin duda que ha llegado el cuidado, que es dios de los amores.
AQUILES	Mi dueño.
DEIDAMIA	Gloria mía.
AQUILES	Salió el sol.

DEIDAMIA	Vino el alba.
LOS DOS	Llegó el día.
DEIDAMIA	Ya acusaban tu tardanza, viendo que la noche viene, y que tú te detenías, árboles, hojas y fuentes.
AQUILES	No te admire, no te espante, hermosa deidad de nieve, a quien vistieron jazmines y coronaron claveles, que tema el verte hoy
DEIDAMIA	¿Por qué?
AQUILES	Porque quien de celos muere, no es mucho que el encontrarlos dilate.
DEIDAMIA	La alfombra verde destos cuadros nos convida; siéntate y di lo que sientes.
(Asiéntanse.)	
AQUILES	Con tal licencia, perdona que desde el principio empiece. Yo, bellísima Deidamia, en aquel inculto albergue, que fue mi primera cuna, te vi un día.
DEIDAMIA	No me acuerdes dónde y cómo, puesto que ya me lo has dicho otras veces.
AQUILES	Tan sin mí quedé sin ti, que para que no muriese a manos de mis tristezas...
DEIDAMIA	La hermosa deidad de Tetis, que según me has dicho, es la que te ampara y defiende, buscó a tu vida reparos.
AQUILES	Y porque amando viviese...
DEIDAMIA	Del traje y nombre de Astrea, a quien sepulcro de nieve

ella construyó en sus ondas,
saneó los inconvenientes
en tu edad y tu hermosura;
y puesto que sé quién eres,
y cómo estás aquí, ¡vamos
al pesar que hoy te entristece!

AQUILES

¿Para qué si has de atajarme
a todo cuanto dijere?

DEIDAMIA

Aquesto es aprovechar
el tiempo porque parece
inútil conversación
la de hablar siempre imprudentes
en lo que sabemos.

AQUILES

Pues,
si los amantes no hubiesen
de hablar siempre en lo que saben,
¿qué tendrían que hablar siempre?
Ya disfrazado en tu casa
quiso mi estrella atreverse
de declararse contigo
y hablándote en mí...

DEIDAMIA

Sucede,
que se declaró Lidoro,
por quien mi engaño lo entiende.

AQUILES

Aquí quedamos; tu enojo
me obligo a que te dijese
quién era tu amante.

DEIDAMIA

Y yo
afable lo escuché; o fuese
porque ya en mi inclinación
tu ingenio y belleza hubiesen
ganádome el albedrío,
o porque Lidoro, al verle
(otra vez lo dije) como
esposo y no como huésped,
le aborrecí sin más causa
que empezar a aborrecerle.

AQUILES

Gustaste de que de noche
en este traje viniese
a este jardín.

DEIDAMIA

Sí, porque
en el de mujer parece

AQUILES	<p>que está violento el cariño. Monstruo, pues, de dos especies, tu dama de día, y de noche tu galán; no te merece mi amor de galán, mi dama, ni favores, ni desdenes, pues ni dama me despides, ni galán me favoreces.</p>
DEIDAMIA	<p>Eso no quiero que digas, pues, ¿qué más favores quieres de mí, que ver un engaño tal, que ejemplares no tiene, le disimule? ¿Qué más finezas sí me mereces, pudiendo hablarte de día, por hacer voto el quererte, que aquestas horas te hable? ¿Que más agrados, si debes a mis pesares que finjan en mi salud accidentes que el casamiento dilaten?</p>
AQUILES	<p>No te enojas, razón tienes; mas, ¿qué importa, ¡ay dueño mío!, haber llegado a deberte esas finezas, si todas me han de servir solamente de mayor pena mañana? Dicen que casarte quiere tu padre; mira si ha sido piedad el favorecerme, pues es guardarme la vida, solo para darme muerte.</p>
DEIDAMIA	<p>¿Puedo yo no ser quien soy?</p>
AQUILES	<p>¿Lloras?</p>
DEIDAMIA	<p>No, que aún no me deben aquese alivio mis ansias.</p>
AQUILES	<p>¿Pues qué es eso?</p>
DEIDAMIA	<p>Es solamente querer llorar sin llorar, bien como en pecho rebelde.</p>

MÚSICOS	(Dentro.) Ojos eran fugitivos, de un pardo escollo dos fuentes...
AQUILES	¿Qué voces son las que escucho?
DEIDAMIA	No te asustes, no te alteres: músicos son de Lidoro, que desde ese parque suelen cantar, porque así presumen que mis tristezas divierten.
AQUILES	Con buena disculpa, ¡ay triste!, que no me ofenda pretendes, con decir, que es de Lidoro música, que ya dos veces la debo sentir por suya, y porque a impedirles llegue a estas flores que reciban en el nácar que guarnecen tu pie las hermosas perlas de las lágrimas que viertes.
MÚSICOS	...humedeciendo pestañas de jazmines y claveles...
DEIDAMIA	Que él cante cuando yo lloro contrariedad es que debe estimarse, pues que dice mi amor y mi olvido.
AQUILES	¿Puede no sentir quien siente?
DEYDAMIA	No; mas puede hacer que consuele al sentimiento el agrado, viendo el alma de quien siente.
MÚSICOS	...cuyas lágrimas risueñas, quejas repitiendo alegres...
AQUILES	No me detengas, que tengo de salir, a donde intente hacer que lloren, pues lloras; que no es bien que tú te quejes y ellos canten, sin que yo su sangre y tu llanto mezcle.

MÚSICOS	entre conceptos de cantos y murmurios de corriente.
DEIDAMIA	No has de salir.
AQUILES	Ya no haré, que si entra en el jardín gente, ¿para qué he de salir yo?
DEIDAMIA	¿Gente aquí?, ¡cielos, valedme!
(Ábrese una puerta y salen LIDORO y LIBIO.)	
LIDORO	¿Dijiste, porque mejor la desecha hagan, no dejen de cantar mientras adoro de más cerca las paredes de los cuartos de Deydamia, ya que ruegos o intereses vencieron los jardineros, para que la puerta abriesen?
LIBIO	Sí señor, ya prevenidos quedan de que canten siempre.
DEIDAMIA	Yo soy muerta, si por dicha o por desdicha acontece ser conocida.
LIDORO	Hacia allí que siento ruido parece; y es verdad, dos bultos son.
LIBIO	Y grandes; cada uno tiene veinte años de caída.
LIBIO	¿Hombres aquí? Conocerles es ya forzoso.
LIBIO	No es.
LIDORO	¿Pues qué puedo hacer?
LIBIO	Volverte: mira que es cosa tan fácil.
LIDORO	¿Que eso necio me aconsejes? ¿Cómo puedo no saber quién a estos jardines entre a estas horas?

LIBIO	No queriendo saberlo.
DEIDAMIA	A nosotros vienen.
AQUILES	Retírate tú, que yo me quedaré a detenerles; que como no te conozcan, los demás inconvenientes importan menos.
DEIDAMIA	Forzoso es, ¡ay de mí!, aunque pendiente deje en tu vida mi vida. (Vase.)
LIDORO	El uno la espalda vuelve.
LIBIO	Parécese a mí.
LIDORO	Y el otro queda.
LIBIO	Ese no se parece.
LIDORO	¿Quién va?
AQUILES	¿Quién me lo pregunta?
LIDORO	Un hombre que saber quiere cómo habéis entrado aquí.
AQUILES	La duda es impertinente, pues preguntándoos a vos cómo entrasteis, me parece sabréis como he entrado yo.
LIDORO	Yo tengo causas que pueden darme aqueste atrevimiento.
AQUILES	Yo también.
LIDORO	Y me compete el saber quién sois.
AQUILES	A mí el no decirlo.
LIDORO	Pondreisme en obligación de que lo pregunte desta suerte.

AQUILES

Y a mí responder de estotra.

(Cantando dentro, juntan las dos coplas pasadas como de lejos.)

MÚSICOS

Ojos eran fugitivos...

LIBIO

A muy lindo tiempo vuelven
a cantar los otros; ¿quién
puso espadas y broqueles
en solfa jamás?

LIDORO

¿Qué hacéis?

LIBIO

La fuga deste motete
a decir que callen voy,
porque en estilo no entren
de matarse dos, debajo
de compás. (Vase.)

LIDORO

Aunque valiente
os mostráis, sabré quién sois.

AQUILES

Soy, si el valor se resuelve,
el monstruo destos jardines.

LIDORO

El nombre.

AQUILES

No ha de saberse.

LIDORO

Aunque vós me le calléis,
me lo dirá vuestra muerte.

(Riñen los dos y sale ULISES.)

ULISES

¿En los jardines espadas,
y abiertas sus puertas? Llegue
a saber qué es esto.

LIDORO

Pues
no es bien que el empeño deje,
hasta que sepa quién es,
hombre que a decir se atreve,
«monstruo soy destos jardines».

ULISES

¿Qué escucho? Luego tú eres
el que busca mi deseo
tanto, que a esta hora me tiene
desvelado a estos umbrales;

(Pónese de parte de AQUILES.)

y así yo he de conocerte.

AQUILES

Pues equivocado llega,
cielos, en mi favor este,
dejándole el riesgo, es bien
que la ocasión aproveche
y me retire a mi cuarto,
donde antes que puedan verme,
mude de traje y de nombre. **(Vase.)**

LIDORO

Hombre, si buscando vienes,
como has dicho, ¡ay de mí!, al monstruo
destos jardines, advierte
que a él le dejas ir, y a quien
también le busca detienes.

ULISES

A ti te oí decir, que tú
lo eres, y pues tú lo eres,
no te defiendas de mí,
que no te busco imprudente
para tu muerte, sino
para tu aplauso y hacerte
dueño de Troya; y porque
de mí, seguro, no intentes
defenderte, Ulises soy,
que en este jardín previene
por un oráculo hallarte.

LIDORO

¿Ulises?

ULISES

Sí.

LIDORO

Pues si ese
es tu intento, contra ti
tu diligencia se vuelve,
pues le dejas cuando yo
también le busco.

ULISES

¿Quién eres?

LIDORO

Lidoro soy.

ULISES

Pues, señor,
¿vós aquí?, ¿vós desta suerte?
¿Qué es esto?

LIDORO

No sé. ¡Ay Ulises!

ULISES

Sepa qué es.

LIDORO

Pues se nos pierde
entre manos la ocasión
de saber, ¡desdicha fuerte!,
al que vuestro valor busca
y vuestro valor defiende.
Y ya la primera luz
en su crepúsculo vence
las tinieblas de la noche,
no es bien que aquí nos encuentren.
Salgamos de aquí, y sabréis
lo que a mi vida sucede,
pues solamente de vós
lo fiara.

ULISES

Y justamente,
que soy vuestro amigo; y puesto
que no es bien durar en este
sitio sin que respetemos
el honor destas paredes,
tomemos la vuelta al parque.

(Éntranse por una puerta y salen por otra.)

LIDORO

De su enmarañado albergue,
este es el sitio más solo.

ULISES

Proseguid, pues.

LIDORO

Atendedme.
Yo, llevado de mi amor,
no os encarezco si es grande,
pues basta no ser dichoso
para saber que es constante,
con músicas divertía
desde la esfera del parque
las tristezas de Deydamia
esta noche. (¡Qué mal hace
quien cura males ajenos,
pudiendo sus propios males!)
Los afectos de rendido,
facilitaron que entrase
al jardín; ¡nunca pisara,
pluguiera al cielo, su margen,
pues no hallara de mis penas
entre sus flores el áspid!
Dos bultos vi, ¡ay infeliz!;
huyó uno, otro ocultarse
en las ramas pretendía
de atento, no de cobarde,

porque igual valor, jamás
depositó el cielo en nadie.
Embestile, y lo que dél
supe fue que se nombrase
El Monstruo de los Jardines,
en cuyo empeñado lance
llegasteis equivocado,
de ver que yo me le llame;
y fue, que yo repetí
lo que él había dicho antes.
Y pues vencido el error,
de vós mi valor se vale,
por amigo y extranjero,
¿qué he de hacer en semejante
pena, sabiendo que un hombre
galán y airoso en el talle,
valeroso en el denuedo,
recatado en el lenguaje,
prevenido en la cautela
y en la ejecución constante,
monstruo de aquestos jardines,
en ellos pueda ocultarse,
tan seguro, que no teme
que el día se le declare,
para no quedarse en ellos,
pues por la puerta que entrasteis,
no fue por donde él se huyó?
Pues presumir que lo sabe
Deydamia, es pensar que el sol
obscuras nubes le manchen;
pensar que lo ignora, siendo
a quien yo adoro, es quitarme
en los miedos de celoso
los privilegios de amante.
Confieso que hay otras damas;
mas para mí no es bastante
satisfacción, que ninguna
merece que la idolatren,
sino ella; y más grosero
fuera mi dolor en darse
por entendido de que
a otra donde ella está amen,
que no en presumir que es ella;
y así, atento a mis pesares,
decidme cómo sabré
qué hombre es este, y...

ULISES

No adelante
paséis, que ya a mí me toca
por vós y por mí empeñarme

LIDORO	¿Con qué industria habéis de entrar?
ULISES	¿A Ulises queréis que falte? Con solamente un recado que lleve de vuestra parte.
LIDORO	De mi parte, ¿qué ha de ser?
ULISES	Pues os trajo aquella nave tantas riquezas de Epiro, para declararos dadme dellas algunas, bien como telas, perlas y diamantes; y también, porque mejor un mercader se disfrace viendo que lleva de todo, espadines y plumajes, bandas, escudos. En tanto que me empeño en el examen yo, vós habéis de ayudaros del valor y de la sangre

para no dar entender
los sentimientos a nadie,
prosiguiendo los festejos
y músicas como antes,
aun entrado en los jardines,
por donde esta noche entrasteis,
de suerte, que nunca más,
sino rendido y galante,
Deidamia ha de haberos visto.

LIDORO

Aunque no es aqueso fácil
de obedecer, pues callar
con celos no lo hizo nadie,
yo lo acabaré conmigo.

ULISES

Esto es lo más importante:
un hombre no conocido,
que me asista y me acompañe
he menester; mirad vós
si de cuantos en la nave
vienen, hay uno a quien
pueda el secreto fiase.

LIDORO

Un criado tengo, en quien
concurren las calidades
que me decís, porque aunque
me ha asistido, los disfraces
le encubrirán.

ULISES

Pues, Lidoro,
a disimular pesares.

LIDORO

Ulises, a hacer finezas.

ULISES

¿Qué hombre pudo llamarse
El Monstruo de los Jardines?

LIDORO

¿Qué hombre pudo ocultarse
en ellos de día y de noche?

ULISES

Indicios me ofrece grandes...

LIDORO

Grandes temores me ofrece...

ULISES

...y no sin causa...

LIDORO

...y no en balde...

ULISES

...si tantos avisos creo...

LIDORO ...si dudo tantos desaires...

ULISES ...como los cielos me envían.

LIDORO ...como Deidamia me hace.

(**Vanse. Salen** DEIDAMIA, SIRENE y CINTIA.)

SIRENE No en vano las luces bellas
que el sol en sus lumbres dora,
osan con tan bella aurora
competir con las estrellas.

DEIDAMIA ¿Lisonjas, Sirene, a mí?

CINTIA No es posible que lo sea
la verdad.

DEIDAMIA Bien está. ¿Astrea
ha pasado por aquí?
(**Aparte.**) Bien sé que en su cuarto está
mudando el traje y el fin
del empeño del jardín,
mas esta es desecha.

SIRENE Ya
ella viene.

(**Sale** AQUILES de dama.)

DEIDAMIA ¿En qué has estado?
¿Qué traes?, ¿qué tienes?

AQUILES No sé;
pasando agora escuché...

DEIDAMIA ¿Qué?

AQUILES Que te trae un recado...

DEIDAMIA ¿Quién?

AQUILES Ulises.

DEIDAMIA ¿Y qué ha sido?

AQUILES Lidoro...

DEIDAMIA ¡Qué mal empiezas!

AQUILES

...por divertir tus tristezas,
sabiendo que llegó a Egnido
un mercader extranjero,
que trae de la India Oriental
empleado su caudal
en uno y otro lucero,
hijos del sol, te le envía
con él, porque de sus bellas
joyas las que gustes dellas
tomes.

DEIDAMIA

Esa bizzaría,
sobre la loca arrogancia
de anoche, que hasta ahora lucha
en mi pecho, arguye mucha
malicia o mucha ignorancia.
Mucho me da que temer;
pero, ¿cómo de mí, ¡ay cielos!,
se atreverá a tener celos?
Mira qué has de responder.

AQUILES

DEIDAMIA

No lo sé porque si aquí
respondo airada y crüel,
le doy otro indicio a él,
y si no, otro enojo a ti.

AQUILES

Pues ya que a dudar te obligas
lo que debes hacer, yo
diré que entre, porque no
quiero que tú se lo digas.

SIRENE

Notable desaire fuera,
si en sus finezas reparas,
que la entrada le negaras.

**(Sale ULISES y LIBIO, vestido como extranjero, y trae un cofrecillo, lo que después
dirán los versos, y en las manos un sombrero con plumas, una espada de plata y un
escudo dorado.)**

ULISES

Dichoso yo, que esa esfera
soberana merecí
de tanto sol penetrar;
mas esto es servir y amar.

LIBIO

Y desdichado de mí,
que hecho una portátil tienda
soy, como bestia cargado,
envidioso a quien ha dado
pesadumbre ajena hacienda.

ULISES El gran príncipe Lidoro,
que de mí su atención fía,
conmigo este hombre os envía,
porque del rico tesoro
de un mercader, que ha venido
hoy al puerto, algo ferieís.

DEIDAMIA Veamos qué joyas traéis.

ULISES A todo estaré advertido.

DEIDAMIA

Porque aunque yo para mí
ninguna pienso tomar,
hoy a mis damas feriar
ya que se han hallado aquí
las que las agraden quiero.

ULISES Quita el cofre.

LIBIO Aqueso haré
de buena gana, porque
como es rico, es majadero,
y cansa tarde y mañana.

ULISES Ábrele.

LIBIO

Eso haré también;
porque, un pecadazo, ¿quién
no le abre de buena gana?
Poner esto aparte quiero,
que no es de aquí, y lo traía
por si en el camino había
quien lo comprase primero.

(Pone capas, escudos y plumas a un lado.)

ULISES Saca esas telas y ve
desdoblandolas ahora.

(Saca unas piezas, y tiéndelas en el tablado.)

LIBIO ¿Qué color [destos, señora,
más os agradó?

DEIDAMIA No sé.

LIBIO Telas tu vista desprecia,
y tras ellas no se va;
bien se echa de ver que está

ULISES	el Corpus lejos de Grecia. Ve aquesas joyas sacando.
	(Saca una joya.)
LIBIO	¿Qué os parece este Cupido de diamantes?
DEIDAMIA	Necio ha sido quien de ellos labra amor, cuando para lo que el más perfecto dura, aun la más blanda cera materia rebelde fuera.
SIRENE	Dejando aparte el concepto, joya más bella no vi: rica y de buen gusto es.
LIBIO	¿Si es rica? Claro está.
DEIDAMIA	Pues sea, Sirene, para ti.
SIRENE	Amor tuyo a merecer llego.
DEIDAMIA	Engañaste, que yo no te doy mi amor, sino el amor del mercader.
LIBIO	No es poco eso, pues adelante hay más de alguna mujer, que el amor del mercader es el que tiene a su amante. Por firmeza, aquesta pieza fuerza es que a tu gusto informe.
DEIDAMIA	No es que eso ha de ser conforme cuya fuere la firmeza.
	(Otra caja.)
CINTIA	De cualquiera en quien se vea, merece ser estimada.
DEIDAMIA	Si eso es decir que te agrada, tuya la firmeza sea.
CINTIA	La mano beso a Tu Alteza.
LIBIO	Átala bien al poner, porque se suele caer fácilmente una firmeza.

Esta corona quería
que te agrade.

DEIDAMIA Della, ¿qué
dices?

AQUILES Mal.

DEIDAMIA ¿Por qué?

AQUILES Porque
está en tu mano y no es mía.

DEIDAMIA Sí es; toma.

AQUILES Eso no perdona.

DEIDAMIA ¿Por qué de verla te pesa?

AQUILES Porque tú lo entiendes de esa
y yo hablo de otra corona.

LIBIO	Esta, un águila imperial es, que al sol las plumas dora.
DEIDAMIA	¿Te agrada esta?
AQUILES	No señora, que me están sus vuelos mal.
LIBIO	Un áspid de rubíes.
DEIDAMIA	Di, ¿este acaso te agradó?
AQUILES	Pues digo al áspid de no o nada diré de sí.
DEIDAMIA	Que algo no elijas me enfada.
AQUILES	¿Tú lo quieres?
DEIDAMIA	Yo lo quiero.

(Toma el escudo, pónese el sombrero, y hace como que se ciñe la espada.)

AQUILES	Pues este escudo, este acero, estas plumas y esta espada tomaré.
DEIDAMIA	¿Eso has elegido?
AQUILES	Sí.
DEIDAMIA	¿A qué fin?
AQUILES	¿No puede ser que lo hayamos menester en habiendo anochecido?
ULISES	Mucho extraño la elección; donde hay joyas, ¿armas quieres?
AQUILES	Sí, pues hay entre mujeres, mujeres que no lo son.
DEIDAMIA	Necia estás, no digas nada desto a Lidoro, sino cuánto agradecida yo, conocida y obligada nunca sus finezas dudo; y que en su nombre escogí estas cintas para mí.
AQUILES	Yo este acero y este escudo.
ULISES	Yo, señora, le diré todo cuanto me mandáis.
LIBIO	Y si vós no os disgustáis, otro día volveré, pues podrá ser que otro día de otra cosa os agradéis.
DEIDAMIA	Cuando quisiereis podéis.
CINTIA	Dime: ¿desta bazarría, qué sientes?
SIRENE	Mucho hay que hablar, mas, por hoy, lo suspendamos, que día que dan los amos, no es día de murmurar.

(Salen EL REY, LIDORO, DANTEO y gente.)

EL REY	Deidamia hermosa, a tu cuarto vengo con dos novedades.
DEIDAMIA	Venir contigo Lidoro, no es, señor, la menos grande.
EL REY	Importa para la una... Pero, ¿qué es esto que haces?
DEIDAMIA	De ese mercader, que Ulises me ha traído de su parte, feriando estaba unas joyas.
LIDORO	Todo el sol puesto en engastes fuera para mí atrevido, bien que para vós cobarde.
DEIDAMIA	Guárdeos el cielo.
ULISES	Recoge esto.
LIBIO	A mí me es importante porque alguien no me conozca y me dé con algo alguien.
LIDORO	¿Qué tenemos?
ULISES	Poco, o nada pues solo he visto un notable espíritu de mujer.
EL REY	La una es, que tengo de parte de Acaya, patria de Astrea... ¿Dónde está?
AQUILES EL REY	A tus plantas yace ¿Qué armas, qué plumas son estas?
	Permite que el verte extrañe con insignias de Belona, no siendo hermana de Marte.
AQUILES	Como la guerra de Troya, por toda Grecia se trate, para un deudo mío...
EL REY	Está bien; mas la duda que me trae confuso es haber tenido cartas en que por constante se tiene que dio al través

en un escollo la nave
en que Astrea venía.

AQUILES

¡Ay triste!

EL REY

Y así es justo que repare
que allí perezca una Astrea,
y aquí otra te acompañe

AQUILES

Pues, ¿cómo, señor, si yo
cuando aquí llegué...?

LIDORO

Notable
turbación.

ULISES

Esta mujer
el juicio ha de quitarme,
y más con esta sospecha
del fingido nombre.

EL REY

Ya hacen
la nueva y la turbación
mayor la duda.

DEIDAMIA

Es en balde
dar crédito a esa voz, pues
no hay ninguno que se embarque
a quien no le anegue el vulgo,
o le cautive o le mate;
esto se dice de todos;
después la verdad se sabe.

EL REY

Bien puede ser, y así, en tanto
que el tiempo nos desengañe,
dejemos aquesto y vamos
a lo que es más importante.
El Rey vuestro padre escribe
la gran falta que le hace
vuestra persona; y aunque
tantos accidentes graves
de la salud de Deydamia
de un día en otro dilaten
las bodas, ya no es posible
que no venzan, que no arrastren
mayores inconvenientes,
menores dificultades.
Y así quiero que mañana
las ceremonias nupciales
se celebren, empezando
las músicas esta tarde

la invocación de himeneo,
usado rito inviolable
de sus ninfas, cuyas voces
ya en ecos el viento esparce,
para que tú las admitas.

DEIDAMIA

Yo, señor, que hay en mí, sabes,
obediencia y no elección.

EL REY

Pues con la antorcha que traen
para ti y Lidoro, en muestra
del amor que en los dos arde,
¡dando principio los dos!

AQUILES

¡Ah, qué bien dijo, pesares,
pues siempre embestís en tropas,
quien dijo que sois cobardes!

LIDORO

¿Qué he de hacer?

DANTEO

Disimular,
pues de aquí a mañana cabe
mil siglos, y un triste puede
mejorar mucho un instante.

AQUILES

Buena ocasión es aquesta
de que mi honor se declare.

(Salen de ninfas algunas con hachas en las manos.)

MÚSICOS

Al tálamo casto de virgen esposa,
que dulce y hermosa
corona de amor es más alto trofeo,
ven Himineo, ven Himineo.
Al tálamo casto de joven amante,
que fino y constante
corona el amor del más dulce empleo,
ven Himineo, [ven Himineo.]
Al tálamo casto donde une el amor...

(Tocan clarín y caja.)

TODOS

¡Qué asombro, qué pasmo! ¡Qué susto! ¡Qué horror!

EL REY

Gran Júpiter, ¿qué es esto
que en tanta confusión al mundo ha puesto?

(Caja.)

DEIDAMIA

¿Qué nueva fiera ha sido
la que ha dado tan bárbaro bramido?

LIDORO

¿Cómo, sin que se rasguen pardos senos,
se oyen puestos en música los truenos?

(Caja.)

DANTEO

¿Cómo, sin dar desmayos,
se miran sin escándalo los rayos?

LIBIO

¿En qué infernal abismo
se habla deste lenguaje el barbarismo?

EL REY

¿Que será este terror?

(Caja.)

TODOS

Prodigio, asombro, escándalo y horror.

AQUILES

Vuestro discurso yerra,
que aqueste es el idioma de la guerra,
que a grandes cosas llama;
pues su concento grave,
mezclando lo horroroso y lo süave,
el pecho anima, el corazón inflama
y la muerte apellida

(Caja.)

en glorioso desprecio de la vida.
¿Quién sus templadas cláusulas escucha,
y a la campaña por salir no lucha?
¡Viva el Imperio Griego,
y Troya se destruya a sangre y fuego!
No quede a vida bárbaro enemigo...
(Mas loca estoy, no sé lo que me digo.)
Perdona, gran señor, que este portento

(Arroja las armas.)

EL REY

mi atención se ha llevado tras mi acento.
Vamos a ver qué ha sido
lo que causó tan pavoroso ruido.

ULISES

Tened; ¿ya no sabéis lo que esto sea?

TODOS

No.

ULISES

Sí sabéis, pues ya lo dijo Astrea.
Yo, de Grecia caudillo, he fabricado
estos dos instrumentos
que, voz de Marte y lengua de los vientos,

animen y gobiernen al soldado;
si bien ya me ha pesado,
pues donde hay tantos hombres,
su ruidoso conceto
solo en una mujer hizo su efecto. **(Vase.)**

LIDORO Oye Ulises, espera.

EL REY ¿A dónde vas?

LIDORO Darle a entender quisiera,
que extrañar su armonía,
la novedad, no es falta de osadía. **(Vase.)**

DEIDAMIA Síguelos, no suceda,

(Vanse todos los hombres.)

que acontecer una desdicha pueda.

EL REY Sí haré; pero aunque invente
máquinas, no he de darle armas, ni gente,
mientras que sus sutiles
trazas no sepan descubrir a Aquiles. **(Vase.)**

DEIDAMIA Harto le han descubierto.

SIRENE Ya sabido lo que es, ¿de qué turbada
has quedado?

DEIDAMIA No sé; no me hables nada,
dejadme todos; ¿tú también me dejas,
Astrea?, ¿tú también de mí te alejas?

(Vanse los dos y DEIDAMIA detiene a AQUILES.)

AQUILES Sí, pues en esta parte,
nadie tiene más causas que dejarte.

DEIDAMIA ¿Dejarme?

AQUILES Sí, ingrata;
pues tu crueldad con tal rigor me mata,
que, ¡oh fiera!, has dado, ya tirana,
el sí de que serás de otro mañana.

DEIDAMIA Yo...

AQUILES Mas, ¿qué importa? Acábese el engaño...

DEIDAMIA	...quise...
AQUILES	...que a tiempo llega el desengaño.
DEIDAMIA	...desvelar...
AQUILES	No prosigas.
DEIDAMIA	...la sospecha de ayer...
AQUILES	Nada me digas; cásate norabuena, que yo, ¡qué rabia!, me sabré, ¡qué pena!, despicar en la lid, donde pretendo entrar matando, pues que huyes muriendo. Estos adornos viles, que afeminaron el valor de Aquiles, dejaré por ejemplo colgados en el templo de Amor, a donde estaba trocada en rueca de Hércules la clava.
DEIDAMIA	Mi bien, mi vida, mi señor, advierte.
AQUILES	¿Qué he de advertir? Mi mal, mi error, mi muerte.
DEIDAMIA	Que te destruyes tú, y que me destruyes.
AQUILES	¿Para qué te me acercas, si me huyes? Sepa el mundo que fui...
DEIDAMIA	Calla.
AQUILES	¡Qué agravios! • ¿Ábresme el pecho, y ciérrasme los labios? Sepa que soy...
DEIDAMIA	Mi dueño solo eres.
AQUILES	¿Tú no te casas?
DEIDAMIA	Sí.
AQUILES	Pues, ¿qué me quieres?
DEIDAMIA	Que sepas que me muero, porque es en mí obligación primero que mi pasión.

AQUILES

¿Y es buena la disculpa
de una virtud fundada en una culpa?
Ese traidor estilo,
la vecindad te le pegó del Nilo,
que dar vida y matar, dulce tirana,
traiciones son, y encantos de gitana.

DEIDAMIA

No son, sino un forzado, un triste efeto,
que aquí es inclinación, y allí es respeto;
y a un tiempo allí aborrece, y aquí ama.

(Sale SIRENE.)

SIRENE

Señora.

DEIDAMIA

¿Qué quieres?

SIRENE

El Rey te llama.

DEIDAMIA

Haz por mí una fineza.

AQUILES

¿Qué es?

DEIDAMIA

Que no te despeñe tu tristeza,
hasta que vuelva a verte.

(Vanse las dos.)

AQUILES

Yo callaré, y en mí será de suerte
sagrado tu precepto,
que ya que lo prometo,
tanto a callar me obligo,
que estando solo aún no hablaré contigo.

(Quédase suspenso y sale ULISES.)

ULISES

Ofendiose Lidoro
de lo que dije, y puesto que no ignoro
que ha sido opinión sabia
que quien habla en común a nadie agravia,
poco podrá imputar haberle dado
satisfacción; y en fin, tras mi cuidado,
sin decirle a él cuál sea,
vuelvo a ver si pudiese hablar a Astrea,
por ver en qué consiste,
que una mujer... Pero suspenso y triste,
está tan divertida,
que es un mentido engaño de la vida.
¡Cielos!, en tal violencia,
¿qué se pierde en hacer esta experiencia?

Nada; y mil cosas ven a cada paso.
Ya lo pensé; pues sea desta suerte.
¡Guárdate Aquiles, que te dan la muerte!

(Dice dentro, y sale por otra puerta hallando muy alborotado a AQUILES.)

AQUILES ¿Quién me da la muerte? ¿Quién
tan piadoso es? Pero, ¡ay cielos!,
¿qué digo?

ULISES No disimules,
que ya es en vano, sepuesto
que no has podido vencer
aquel descuidado afecto
natural, que tras el hombre,
lleva el primer movimiento.

AQUILES ¿Qué es lo que dices? ¿Con quién
habláis, que yo no os entiendo?

ULISES Perdonadme, hermosa Astrea,
que desalumbrado y ciego
llegué a hablar con vós, pensando
que hablaba, ¡qué devaneo!,
con Aquiles: tal en busca
suya traigo el pensamiento.
Loco estuve. Perdonadme
digo otra vez, que ya veo,
señora, que no sois vós
Aquiles, ni podéis serlo;
porque joven a quien Marte,
dios de las lides sangriento,
destina para caudillo
de sus mayores trofeos;
joven a quien apellidan
para héroe suyo los cielos,
para honor suyo los dioses,
los astros, para instrumento
de sus influjos, los hados,
para horror de sus decretos,
la fama para su supuesto,
la historia, para su ejemplo,
la patria, para su amparo
y para su aplauso el tiempo;
claro es que no había de estar
en viles ropas envuelto,
cuidando de los afeites,
perfumes, gasas y aseos,
que son fealdades del alma,
y no hermosuras del cuerpo.

Y así, pues yo me engañé,
quedad con Dios, advirtiéndolo,
si no le descubro ahora,
que yo le descubra presto.

AQUILES

Aguarda Ulises, espera.

ULISES

¿Qué me quieres?

AQUILES

Los sucesos
que improvisamente asaltan
el muro del pensamiento,
la mayor ruina que dejan,
después de saquearle el pecho,
es no dejarle palabras.

ULISES

¿Pues qué quieres?

AQUILES

Solo quiero
lugar para responder.

ULISES

¿Qué tanto plazo?

AQUILES

Un momento.

ULISES

Pues yo vendré.

AQUILES

No te vayas.

ULISES

¿Tan presto ha de ser?

AQUILES

Tan presto.
Deidamia, ¡ay de mí infelice!,
es tan imposible empleo,
que mañana será de otro.
Ya a los baldones sujeto
estoy, que excusé. Amor, dice
que él toma a cargo el desprecio;
el valor no lo consiente,
representándome, ¡ay cielos!,
la guerra que me apellida,
la grande fama que pierdo,
la patria que desamparo;
y después de todo esto,
el riesgo a que no me excuso,
pues ya desde ahora le tengo
aquí más que allá: con que
estar respondidos veo
Deidamia yo, amor y honor,
guerra, fama, patria y riesgo.

ULISES ¿Qué has resuelto?, ¿por qué viene
 hacia aquí gente?

AQUILES- He resuelto...

ULISES Prosigue.

AQUILES Duda la lengua.

ULISES Habla.

AQUILES

Fáltame el aliento.
Poner en salvo mi honor.
Ya lo dije, ya no puedo
volver a coger la luz;
y así, pues va anocheciendo,
y a mi deseo la noche
extiende su manto negro,
tenme en él, porque un caballo,
y la seña de estar puesto
será hacerme una llamada,
Ulises, tus instrumentos;
que yo saldré de palacio.

ULISES Deja que a tus plantas puesto
 bese la tierra que pisas:
 adiós. (**Vase.**)

AQUILES

Adiós, esto es hecho.
Fortuna, piérdase todo
día que a Deidamia pierdo.
Aquestos adornos viles,
no, como dije primero,
daré al templo del Amor,
más del desengaño al templo
los daré; y pues que le ha sido
para mí este jardín bello,
a donde mis desengaños
son víctima de mis celos,
queden en él por despojos,
bien como anciano trofeo
de culebra, que renueva
juntas la piel y el aliento.
Así yo, habiendo dejado
la nupcial ropa de Venus,
solo túnicas de Marte
vestiré, y aqueste acero,
que oculto entre aquestas ramas
anoche dejé, temiendo
que el rumor llamase gente,

y con él me viesen dentro
del cuarto, le llevé solo.
Adiós, teatro funesto
donde mi primer amor
representó sus afectos.
Adiós, bastardos adornos
de mi cautela instrumentos.
Adiós flores, adiós fuentes:
adiós Deidamia.

(Sale DEIDAMIA.)

DEIDAMIA ¿Qué es esto?

AQUILES No sé.

DEIDAMIA Escucha.

AQUILES No es posible,
suelta.

DEIDAMIA ¿Adónde vas?

AQUILES Huyendo de ti.

DEIDAMIA ¿Esa es la palabra
que me diste?

AQUILES ¿En qué la quiebro?
De callar la di y la cumplo,
pues no habla en mis sentimientos.

[DEIDAMIA] ¿A qué propósitos estás
 en ese traje tan presto?
 Pues, ¿no quedamos anoche
 por el ruido de no vernos,
 esta?

AQUILES Todo eso es verdad,
pero yo a verte no vengo.

DEIDAMIA ¿A qué vienes?

AQUILES A no verte.

DEIDAMIA ¿Cómo?

AQUILES No sé.

DEIDAMIA Habla

AQUILES

No puedo

decir; que no es posible
durar el engaño nuestro;
yo estoy conociendo ya.

DEIDAMIA

¿Que qué dices?

AQUILES

Lo que es cierto.

DEIDAMIA

¿Quién fue quien lo supo?

AQUILES

Ulysses.

DEIDAMIA

¿Cómo?

AQUILES

Esto es lo que no entiendo.

DEIDAMIA

¿Qué dijo?

AQUILES

Nombró mi nombre.

DEIDAMIA

¿Negaras?

AQUILES

No pude hacerlo.

DEIDAMIA

¿A que tu altivez fue causa?

AQUILES

A que tu traición fue efeto...
 Esto, pues, por una parte,
 por otra, tu casamiento;
 ¿qué remedio puede haber
 sino?

DEIDAMIA

¿Qué?

AQUILES

No haber remedio.
Y así, adiós, adiós Deidamia,
pues con dos causas me ausento
de ti, entrambas tan forzosas,
como no verte en ajenos
brazos y salvar mi vida.
Y pues me aguardan los cielos
para tragedias de Marte,
no empiece por las de Venus:
adiós otra vez, adiós,
otra y otras mil.

DEIDAMIA

Primero

has de escucharme: yo, Aquiles,
hice, (¡a pronunciar no acierto!,
pero, ¿qué acertaré yo
por mí misma?, ¡ay de mí!) esfuerzo
a mi inclinación, mas, ¡ay,
que pisar mi línea veo
de lo imposible a mi amor!,
pierdo el venir si te pierdo.
No te ausentes, no me dejes
conmigo a mí, y yo te ofrezco
ser tuya, aunque se aventuren
padre, esposo, amor y reino.
Tuya he de ser, no te vayas.

AQUILES

Pues, ¿cómo me he de ir con esto?
Piérdase vida y honor,

(Clarín.)

fama y gloria... Mas ¿qué es esto?
La voz de Marte me llama:
Deidamia, adiós, que no puedo
no responder a esta seña...

(Caja.)

DEIDAMIA

Mi bien, mi señor, mi dueño...

AQUILES

...y es tarde Deidamia.

DEIDAMIA

¿Cuándo

fue tarde para requiebros?

AQUILES

Cuando ya está apoderado
de toda el alma otro acento.

MÚSICOS

(Dentro.) Pues celos y amor
son gloria y infierno,
viva el amor
y mueran los celos

DEIDAMIA

«Mueran los celos y viva
amor», dice en blandos ecos
otra música, que es
el primer gusto que debo
a Lidoro.

AQUILES

¡Y qué bien dice!
Viva, y viva en nuestros pechos.

(Clarín y caja al irse; ella le detiene. Al otro lado cantan y suspéndense.)

a pesar de la fortuna,

(Caja y clarín.)

DEIDAMIA

mas, ¿qué digo, cuando veo
que el honor me está llamando
con más genoroso [est]ruendo? **(Quiérese ir.)**
Vuelve, vuelve; no te lleve
más un bronce que un acento.

(Vuelve.)

MÚSICOS

Viva el amor
y mueran los celos.

AQUILES

No hará; que estas dulces voces
son imán de mis afectos.

DEIDAMIA

Eso sí; viva el amor.

(Caja y clarín.)

AQUILES

Viva; pero no en mi pecho.
Ya voy Ulises, aguarda,
que fama y honor pretendo.

MÚSICOS

Viva el amor
y muera los celos.

AQUILES

Pero no me aguardes, vete;
no llores tú, que ya vuelvo.

(Cantan; suena la caja y clarín a un tiempo, y sale LIDORO.)

LIDORO

Entre músicas y trompas,
lugar otra vez se ha hecho
hacia esta parte. ¿Quién va?

AQUILES

Ya pudiérades saberlo:
El Monstruo de los Jardines.

DEIDAMIA

¡Esto me faltaba, cielos!

LIDORO

Ahora veré si otro engaño
te libra de mí.

(Riñen.)

AQUILES

No quiero
que ya el engaño me libre,
sino el valor y el esfuerzo.

(Habrá caja, clarín, música y versos, óigase o no se oiga.)

MÚSICOS
DEIDAMIA

Pues gloria...
Ya que está perdido todo,
la vida, que es lo de menos,
piérdase también. Ulises,
Cintia, Sirene, Danteo,
padre, señor... Mas mis voces
otras confunden.

(Salen todos y dos criados con hachas.)

TODOS

¿Qué es esto?

LIDORO

Conocer quién es un monstruo
desos jardines.

AQUILES

Primero
mil vidas perderé.

EL REY

Astrea.

AQUILES

Ya de ese engaño no es tiempo,
que con la espada en la mano,
de oír tal nombre me avergüenzo.
Aquiles soy, que a tu casa
y a ti tal traición he hecho,
de Deydamia enamorado,
a quien por esposa tengo:
vengan, pues y llegad todos.

EL REY

Matadle.

DEIDAMIA

¡Ay de mí!

ULISES

Teneos,
que si le busqué hasta aquí,
ya desde aquí lo defiendo.

EL REY

Tú, Ulises, a quien ofende
mi Palacio...

LIDORO

Tú, al que ha hecho
tal traición contra mi honor...

EL REY

¿Amparas?

LIDORO

¿Defiendes?

ULISES Esto
a todos importa.

TODOS ¿Cómo?

(Ábrese un peñasco y vese TETIS sobre un caballo, en ondas de mar.)

TETIS Yo lo diré, estadme atentos.
Hoy es el día fatal,
que amenazó con agüeros
a Aquiles; bien lo publica
el trance en que se ve puesto
deste riesgo. Librar quise
su vida infeliz, creyendo
que sería en la campaña,
y en la paz le truje al riesgo.
Y pues hoy transciende el punto,
siendo desde aquí trofeos,
victorias, triunfos y aplausos,
no os quitéis, valientes griegos,
la felicidad matando,
que dél esperáis viviendo.

(Vuela a la cazuela.)

TODOS Vive Aquiles, viva Aquiles.

EL REY Su vida defiende el pueblo,
pues si la fama le aclama
caudillo de los empleos...

LIDORO Si los dioses le apellidan
a santo de sus decretos...

EL REY Yo le perdono mi agravio.

LIDORO Yo desisto de mis celos.

EL REY Dale la mano a Deydamia.

AQUILES Feliz fui.

DEIDAMIA

Gran dicha adquiero.

LIBIO

Yo por hacer algo ahora,
diré que acabe con esto,
El Monstruo de los Jardines;
perdonad sus muchos yerros.

Freeeditorial 